

ERIDANO

Suplemento nº 1 de Alfa Eridiani



Franco Arcadia

EXTRAÑO
BUENOS AIRES



ISSN: 1696-6538

EXTRAÑO BUENOS AIRES

Franco Arcadía

Editor: José Joaquín Ramos de Francisco.

Co-editor: Sergio Bayona Pérez.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos del presente suplemento, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en *ERIDIANO*. No obstante, los derechos sobre el conjunto de *ERIDIANO* y su logo son © del equipo editorial.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de *ERIDIANO*.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir este suplemento siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite se hace en el contexto de la obra escrita que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

PRÓLOGO.....	1
CERCA DEL FIN.....	2
EXTRAÑO BUENOS AIRES	15
RECUERDOS PUNTUALES	31
SIMULADORES.....	40



PRÓLOGO

Estimados amigos:
Hace ahora aproximadamente casi un mes Franco Arcadia me envió cuatro magníficos relatos para publicarlos en Alfa Eridiani. ¡Juasch!, exclamé yo, ¿y ahora como los publico con la rapidez que merecen?, de haber seguido el ritmo de la revista hubieran tardado unos seis meses en ver la luz en Alfa. Dada su excepcional calidad era necesario su publicación inmediata. Y eso es lo que he hecho publicarlos en un volumen aparte para darles la publicidad que se me merecen.

De los relatos en sí no diré nada, salvo que ha publicado en Axxon y Golwen *RECUERDOS PUNTUALES*, uno de los relatos incluidos en esta selección. En cuanto al autor os copio la presentación que Franco ha tenido la cortesía de escribirme:

Franco Arcadia nació en Buenos Aires, Argentina, una brumosa noche de Mayo del '73. Desde su infancia se mostró atrapado por la música y la literatura de los cuales nunca más logró librarse. Admirador de la delicada ficción de Bradbury tanto como del estilo marginal de Gorodischer, actualmente recorre laberintos donde persigue a la inspiración, con suerte dispar, para invitarla a sus cuentos.

Pronto podremos ver publicados más relatos suyos. Si no aquí en otras revistas. Tiene un par de ellos en imprenta. Con un poco de suerte los amigos argentinos verán publicado en un volumen los hasta ahora ocho relatos que lleva escritos.

Buena lectura,

José Joaquín Ramos



CERCA DEL FIN

Mientras pensaba en cambiar la lámpara de su habitación, que ese día había comenzado a parpadear con incesante frecuencia, Mateo se prometió a si mismo que solamente se conectaría a Internet para revisar su correo electrónico.

Ya ni el mismo creía en esa promesa y sabía interiormente que al comprobar que no había recibido ningún mensaje de trabajo, su estado de ánimo acabaría por empujarlo a navegar sin destino cierto por la red hasta consumir los pocos pulsos que le quedaban de crédito en su cuenta telefónica.

Afuera, en la noche que comenzaba a reinar sobre las calles de Colegiales, el viento entonaba con vehemencia sus lúgubres himnos.

Pero el solo hecho de escuchar el ruido de la conexión a Internet renovó su esperanza de recibir alguna oferta laboral, algo que le levantara el ánimo, que le ayudara a solventar los gastos de su vivienda, su primer alquiler independiente y, por sobre todas las cosas, que le permitiera recuperar su credibilidad e imagen ante Laura.

Mientras activaba la descarga de mensajes, subió el volumen de los parlantes para que la potencia de ese rock aturdiere sus sentidos y observó, entre la intermitencia de la luz y el resplandor del monitor, el póster del Che que había recibido de Laura como regalo de cumpleaños y que lograba envolverlo, una vez más, en dosis de coraje para afrontar el mañana, pero también en nostalgia porque era un recuerdo de los tiempos en que Laura creía en él, cuando aún le soportaba su creciente inestabilidad laboral.

Ella sí había hecho todos los deberes que esperaba la sociedad para una carrera exitosa: había tenido buenas notas en el colegio y también se destacaba en la universidad, donde trabajaba como Ayudante de cátedra en una materia de Psicología.

Pero él, pese a que alguna vez se había sentido responsable de perder su puesto de trabajo como periodista por no estar de acuerdo con la línea editorial del diario, ahora, de la mano de la necesidad, estaba dispuesto a manejar sus opiniones con mayor sentido de la oportunidad.

Repentinamente hizo sonar sus dedos con brusquedad, como para romper el maleficio y soportar la adrenalina de la espera.



Uno a uno, mensaje a mensaje, Mateo fue sumergiéndose en textos de propagandas inútiles, falsas cadenas de correo y chicas que ofrecían sus encantos a cambio de los de American Express.

Estaba a punto de borrar, con bronca y resignación, todos los mensajes, cuando advirtió, entre ellos, uno que despertó su atención.

Estaba en inglés, pero, si bien los idiomas extranjeros no eran su fuerte, ya que en la escuela estatal donde había cursado sus estudios no había lugar para esos lujos, sin embargo, gracias a los discos de rock de sus grupos preferidos, podía llegar a comprender la idea de un texto no muy complejo.

Por lo que llegaba a entender Mateo en sus intentos precarios, el mensaje comenzaba diciendo que lo escribía un ex empleado de la NASA que había descubierto una verdad terrible para la humanidad y que el gobierno de Estados Unidos estaba ocultando un informe científico que reportaba la presencia de algo, aún no identificado, que entraría, por su dirección y tamaño, en colisión con la Tierra en las próximas horas.

Mateo continuó leyendo el mensaje, intentando adivinar cuál sería el remate gracioso de la historia, donde siempre al final del texto se revela algún detalle hilarante. Pero pese a que la idea de destrucción de la humanidad ya era bastante disparatada, para su sorpresa el mensaje finalizaba en un tono muy serio señalando el peligro que corría el autor al divulgar esta noticia y que lo hacía con el objeto de alertar a la población mundial de la catástrofe por venir, mientras suplicaba su propagación por todos los medios de comunicación posible.

Sonrió por un momento, volvió a contemplar el mensaje y, antes de borrarlo, agradeció al remitente el haberle distraído por unos segundos de sus preocupaciones inmediatas.

Mientras desde el parlante brotaba una canción que invitaba a visitar *la esquina del infinito*, tomó la fuerza de decisión suficiente para cortar la comunicación y recostarse en su cama a reflexionar sobre cómo seducir a su esquiva suerte.

Al volver a abrir sus ojos, se dio cuenta de que la música ya no estaba sonando, por lo que asumió haber dormido un buen rato. Pensó que un café bien cargado le sentaría bien y se acercó a la pequeña cocina que completaba el viejo departamento.

Pasó varios minutos batiendo el café instantáneo, con la mirada perdida en la generosa vista hacia el sur de la ciudad que le brindaba la pequeña ventana de su ambiente. Cuando había visitado el departamento por primera

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



vez, tentado por el exiguo precio del alquiler y por el hecho de ser un piso bastante alto para la zona de Colegiales, inmediatamente había quedado seducido por la vista panorámica que se le ofrecía y que antes le reconfortaba contemplar junto a Laura, pero que ahora lo sumía en desazón y en sensaciones que lo inquietaban.

El sonido del teléfono interrumpió bruscamente el hechizo y precipitó a Mateo a la tarea de rastrear el aparato entre los numerosos libros y apuntes que aún no había logrado ubicar.

Al atender, reconoció la alegre voz de Lucas:

—Hola, ¿cómo va todo por ahí?

—... Bien. —Contestó Mateo forzando el tono para que sonara lo mejor posible.

Lucas, que conocía bien a su amigo, sabía qué podía significar ese modo de respuesta, pero trató de continuar con su plan:

—Che, Mateo, te quería invitar a que te vengas a cenar, dentro de un rato, a casa, así escuchamos música y charlamos un poco, que hace mucho que no nos vemos.

—¿Te parece? —Dudó Mateo— Eh..., no sé, por tu hermana, yo no la quiero incomodar.

—Pero, dale, no te des *manija*, Laura se alegró de que te invite —insistió Lucas.

Mateo dudó un instante, observó el disco de Pink Floyd que tenía en sus manos y que lo tentaba de sumergirse en una noche más de oscura melancolía, pero la idea de ver a Laura, al menos un instante y poder enterarse de cómo estaba, si lo extrañaba o si asomaba la presencia de alguien más en su vida, fue suficiente incentivo como para que se decidiese:

—Sí, tenés razón..., en un rato estoy ahí.

Instintivamente, hizo sonar los dedos de sus manos y tomó su campera, dispuesto a salir.

Conocía de memoria el trayecto de siete cuadras que lo separaba de la casa de Lucas, pero eso no evitaba el crecimiento de su pena por el deterioro progresivo que había sufrido el barrio en los últimos años aunque, para él,

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



continuaba siendo un refugio representativo de lo que significaba el verdadero Buenos Aires.

Con una sonrisa, Mateo recordó que una de las cosas que Laura siempre le elogiaba era lo buen observador que era. Es más, en la época en que él trabajaba en el centro de la ciudad, pasaba buena parte de su trayecto diario en el subte contemplando los rostros de la gente, tratando de intuir el por qué de sus ceños fruncidos, de sus dientes apretados o de sus gestos adustos.

Cuando los observaba, Mateo siempre pensaba que él no iba a dejar que las circunstancias laborales o económicas le secuestraran su estado de ánimo. Sin embargo ahora veía que la fortaleza de su espíritu parecía tornarse efímera.

Al llegar a la puerta de la coqueta casa donde vivían Lucas y Laura desde que habían venido estudiar a Buenos Aires, le pareció escuchar los acordes de una vieja canción pasada de moda.

Como para no darle tiempo a pensar demasiadas hipótesis, Laura abrió la puerta y lo invitó, con una sonrisa, a pasar.

Los oscuros ojos de Mateo se iluminaron al contemplar ese rostro de raíces árabes rodeado de una abundante cabellera ondulada y morena, pero permanecieron así solo los segundos suficientes como para sentir en su mejilla el formal saludo de Laura.

Del fondo del comedor, asomó Lucas exclamando:

—¡Vamos, gente, que ya llegó la pizza!

La cena transcurrió entre comentarios de música y deportes, evitando los tres, discurrir en temas laborales que desembocaran en la resurrección de viejos conflictos sentimentales.

Al promediar la cena, Laura acercó su mano a la de Mateo, sobresaltándolo, mientras le preguntaba:

—¿No sabes qué temperatura hace? ¡Yo siento unos *chuchos* de frío por toda la espalda!

—Eh..., la verdad, no tengo idea, me dejaste helado, —sonrió Mateo, tratando de teñir de simpatía su nostalgia sobre la espalda de Laura—. Mejor me fijo en la tele, ¿sí?

ERIDANO
SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI
Nº 1



Mateo atinó a tomar el control remoto y empezó a buscar algún canal que indicara la temperatura, ya que también su cuerpo había percibido el brusco descenso.

Con sorpresa, notó que la mayoría de los canales emitía las mismas imágenes, donde se veía el primer plano del conocido rostro del presidente de los Estados Unidos. Mateo solía decir que, a su juicio, no existiría ser en el planeta que, luego de las últimas intervenciones militares norteamericanas en distintos puntos de la Tierra, no sintiera escalofrío al ver ese gélido semblante.

Pero lo que más llamó su atención y la del resto de los presentes, fueron los enormes titulares de *URGENTE* que acompañaban dichas imágenes.

—Che, dale volumen al televisor, a ver qué se le ocurrió a este demente —solicitó Lucas con sorna.

Progresivamente, Mateo fue aumentando el sonido del aparato, comenzando a escucharse la voz del traductor:

«—Por lo tanto, nuestros más prestigiosos científicos están trabajando día y noche, redoblando sus esfuerzos, en la búsqueda de alguna solución que le permita a la humanidad sostener sus esperanzas. Hemos tratado, como principal potencia mundial, de mantener en reserva el tema hasta tener un análisis definitivo de la situación, pero lamentablemente, la información se ha filtrado a los medios de comunicación, lo que ha provocado que tenga que dar este discurso a la población mundial. No aceptaré preguntas y por el momento no tengo más comentarios que realizar.»

Los tres se miraron, sin comprender mucho, hasta que Lucas se animó a preguntar:

—¿Qué es eso de *sostener las esperanzas de la humanidad*?

—Si las esperanzas dependen de este tipo, estamos listos hace rato —expresó Laura con su gracia acostumbrada.

—No, paren. —Dijo Mateo, sombrío— Me parece que el tema va en serio.

Ante el silencio intrigado de Laura y Lucas, continuó:

—Antes de venir para acá, estaba revisando el correo electrónico, por si llegaba alguna propuesta laboral —sus ojos inmediatamente se cruzaron, incómodos, con los de Laura, pero se sobrepuso y detalló el contenido del llamativo mensaje que había recibido.

ERIDANO
SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI
Nº 1



—Yo lo tomé como la broma de algún loco. —Aseguró Mateo—. Por eso no le di mucha importancia.

Repentinamente, el frío silencio de miradas vacilantes se apoderó de la habitación, hasta que Lucas, llevando ambas manos a su cabeza, exclamó:

—A ver si yo entendí bien, ¿quiere decir que son nuestros últimas horas, que el planeta se destruirá?

Nadie se atrevió a contestar su pregunta.

El ruido de las sirenas en el televisor los devolvió bruscamente a la nueva realidad. La pantalla mostraba imágenes de gente que en las principales ciudades del mundo salía a las calles presa del pánico.

Laura, como buena estudiante de psicología, les comentó sobre las diversas conductas que podía llegar a manifestar la gente ante situaciones límites.

Los tres observaban azorados, imágenes en vivo de gente que se arrojaba de edificios, mientras informaban de la creciente ola de suicidios que azotaba a la población desde que había finalizado el discurso del presidente que confirmaba el rumor difundido por Internet.

Pronto el silencio habitual del barrio, se alteró con ruidos de disparos, sonidos de cristales rotos y el incesante ulular de las sirenas, mientras un cartel en el televisor solicitaba a la población no salir de sus casas y mantener la calma.

Instintivamente, Laura se aferró a Mateo con desesperación mientras, entre llantos, exclamaba:

—¡No puede ser! No podemos hacer nada, eso es lo peor de esta pesadilla.

—Tratemos de mantener la calma hasta que pensemos en algo —sugirió Lucas confundido, pero tratando de asumir su responsabilidad de hermano de Laura.

De pronto, Mateo se apartó de Laura y exclamó con decisión:

—¡Esperen! Hay formas y formas de pasar estas horas que nos quedan, no nos vamos a entregar así nomás, ¿no?

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



Laura y Lucas lo observaron con sorpresa, hasta Mateo mismo se sobresaltó al comprobar el inesperado renacer de un espíritu de lucha que creía perdido para siempre.

Al sentirse responsable de haberle infundido a Laura un nuevo brillo en sus ojos verdes, Mateo juntó fuerzas para continuar:

—Mi instinto de periodista no me permitiría nunca abandonar el escenario principal de un conflicto, más cuando parece que ni locutor queda en la tele. Si queremos saber que está pasando y qué esta a nuestro alcance, tenemos que ir a ver. ¿Quién viene conmigo?

Ambos hermanos se miraron mutuamente. Luego Lucas, mientras se revolvía su pelo corto con ambas manos, tomó la palabra:

—Mirá, Mateo, desde que nosotros llegamos a Buenos Aires y a vos te pasó lo de tus viejos, nos venimos apoyando y sosteniendo entre los tres. En estos cinco años pasamos momentos únicos, buenos y no tanto, pero siempre juntos... —Lucas hizo una pausa que parecía eterna y miró a los ojos de Laura, que asentían, para continuar— no nos vamos a abandonar ahora.

Mateo y Lucas se estrecharon en un fuerte abrazo, de esos reservados a momentos especiales y que siempre sirvieron como infusiones de ánimo.

—¿Qué escenarios habrá en las calles? ¿Necesitaremos llevar algo? —Preguntó Laura temerosa.

Lucas, rápidamente, tomó una mochila negra y empezó a guardar lo primero que le parecía que podía servir: un cuaderno, una lapicera, algo de dinero, un cuchillo de cocina, una filmadora, restos de un paquete de galletitas y su teléfono celular.

Con cierto temor, se aproximaron a la puerta intentando descifrar la confusión reinante que los aguardaría al traspasarla.

El más terrible de los cuadros que podían componer en sus mentes era como una brisa ante un torbellino de gente que corría desesperada, personas que abandonaban sus autos en marcha, gritos, llantos, sirenas, grupos religiosos elevando plegarias en las esquinas, como en un aquelarre escenificado por un demente.

Mateo sentía como Laura apretaba su mano con temor, ante cada nuevo estruendo, imaginando el destino suicida de los disparos que escuchaban desde el interior de distintas casas.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



Súbitamente, Mateo se dirigió a Lucas, solicitándole la filmadora:

—Por favor, Lucas, ya sé que parece inútil, pero puede que la cinta se preserve y sirva a algún ser futuro como documento sobre el final en este planeta.

Lucas accedió a su pedido y pronto Mateo comenzó a filmar, con sumo cuidado, las diversas escenas que se presentaban ante ellos.

A su alrededor sucedían hechos impensados apenas unas horas atrás. Con profundo dramatismo e incredulidad, la cámara de Mateo pudo captar: personas abandonando sus casas exclusivas, sus autos importados, padres tratando de serenar a sus hijos, peleas, un matrimonio de ancianos saltando juntos desde la ventana de un edificio, corridas y saqueos de gente que buscaba como sacar ventaja de la situación.

Laura le hizo notar la cantidad de fieles que desbordaba la Iglesia del barrio, buscando refugio o tratando de conseguir una extremaunción masiva, inclusive gente que ella conocía desde siempre como ateos acérrimos.

Agobiado por las dantescas imágenes que había grabado, dudó por un instante en borrarlas o en conservarlas, pero notó que Laura y Lucas lo arrastraban del brazo hacia una multitud que se agolpaba frente a una pantalla gigante de un negocio de electrónica. La imagen mostraba un comunicado diciendo que se esperaba el desastre para unas dos horas después, que su epicentro sería en el hemisferio norte y que no se podía confirmar si la catástrofe sería parcial o total.

Mientras tanto, en el ángulo superior derecho de la pantalla, un recuadro mostraba escenas captadas por diversas cámaras automáticas, de las que se colocan con fines de supervisar el tránsito, en distintos puntos del planeta, que captaban imágenes similares a lo que ocurría aquí.

Mateo creía reconocer calles de Estambul, Nueva York, Londres, París, Nueva Delhi, Moscú, todas sumidas en el pánico generalizado.

Lucas, instintivamente, observó su reloj, que marcaba las 22.30, lo cual lo llevó a murmurar en forma casi imperceptible:

—¡A las 0.30, aproximadamente, seremos historia!

A medida que la gente iba leyendo el mensaje, reaccionaba de distintas formas. Algunos se abrazaban esperanzados, otros arrojaban piedras hacia las pantallas y estaban quienes corrían a apoderarse de los autos abandonados, generando una confusión ingobernable.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



Al ver las noticias, el instinto de periodista se apoderó de Mateo, quien comenzó a registrar con la cámara, mientras les señalaba a Laura y Lucas grupos de chicos marginados que, desentendiéndose de la hecatombe venidera, se dedicaban a ingresar en las confiterías más exclusivas y comer trozos de tortas, morder triples de los gustos más exquisitos. Más allá un mendigo comprobaba las comodidades de un somier en un chalet, paladeando, todos ellos, los nuevos placeres que el destino universal puso a su alcance. Mateo se dejó llevar por la satisfacción de revancha, aunque fuera tardía, ante estos actos.

Al reaccionar, giró la cámara lentamente, soñando con que el documental fuera su legado, su contribución anónima y con la esperanza de que sirviera a civilizaciones futuras para no repetir los errores y horrores de la humanidad. Mientras tanto, Lucas y Laura se quedaban maravillados viendo como dos hermanos conocidos del barrio se reconciliaban después de diez años de negarse mutuamente.

De pronto, a Lucas le pareció comenzar a percibir una especie de canto, una mezcla de marcha litúrgica o tribal que se aproximaba por las calles vecinas, acompañado por ruidos de palos y golpes de fierros y cadenas. Esto hizo alertar también a Mateo y Laura.

Juntos buscaron refugio en un local que había sido abandonado por sus dueños y al cual ya no le quedaba nada de valor a la vista.

Una vez en su interior, creyéndose a salvo, trataron de ordenar el torbellino de pensamientos que asolaba sus mentes.

—La verdad es que jamás pensé presenciar cosas así —expresó Lucas.

—Yo, menos —acotó Laura, tratando de intuir qué pasaba por la cabeza de Mateo, quien parecía ausente en ese momento.

Cuando Mateo notó sobre él las miradas de sus dos compañeros, se sintió obligado a explicar que sentía:

—Estaba pensando cómo cambia el ser humano al tener la certeza del momento de su final y qué distinto sería todo, tal vez mejor o tal vez no, si uno supiera en su nacimiento la fecha y hora exacta de su muerte...

Laura y Lucas asintieron, tratando de seguir el hilo del análisis de Mateo.

—Quizá, uno podría planear su vida de otra forma, aprovecharla de otro modo, sacarle todo el jugo...

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



Mientras Mateo finalizaba la frase, un grupo de gente irrumpió en el local, blandiendo palos y partes de cañería como armas, algunos de ellos todavía estaban vestidos con sus caros trajes de oficina, otros con ropa desgastada. Nada los diferenciaba ahora.

Inmediatamente, Lucas tanteó el cuchillo que guardaba en la mochila.

El que parecía liderar el grupo, abriendo los brazos bajo una túnica transparente, les ordenó:

—Recuerden, mis súbditos, que la Nave nos salvará del desastre justo a tiempo, así que acumulen todo lo que puedan llevarse a Felicidad, porque solo los elegidos podrán comprar su salvación.

Laura y Mateo no pudieron reprimir una risa nerviosa al escuchar esa proclama, pero rápidamente Lucas, con el cuchillo escondido tras su espalda, les hizo una señal de cuidado.

Cuando los extraños notaron que ellos no eran competidores de saqueo y que en el local no había nada más que ruinas, partieron raudos hacia el hipermercado que se encontraba enfrente.

Una vez seguro de que se habían ido, Lucas se dedicó a explorar el fondo del local en busca de algo más convincente como defensa que su cuchillo de cocina, por si se producía otra amenaza.

De pronto se escucho un fuerte llanto que venía de la calle. Inmediatamente, Laura, que se encontraba de frente a lo que alguna vez fue una vidriera, exclamó:

—Es un nene..., pasó corriendo, parecía solo —mientras se incorporaba con rapidez.

—¡Vamos, tenemos que alcanzarlo! —Dijo Mateo, a la vez que seguía a Laura en su carrera.

Apenas media cuadra más adelante, Laura y Mateo alcanzaron al niño, que no podía dejar de llorar.

—¡Contame!, ¿qué te pasa, dónde están tus padres? —Preguntaba Laura, mientras trataba de serenar al niño.

Mateo observó que el chico estiraba su brazo, señalando con el dedo índice en dirección de la esquina.

ERIDANO
SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI
Nº 1



—¡Laura, ahí! —Gritó Mateo, al tiempo que corría hacia un hombre que, en la esquina, se agachaba a quitarle el arma al cadáver de un policía.

Rápidamente, el hombre dirigió el arma a su propia sien, justo en el instante en que Mateo se abalanzó sobre él, rodando ambos por la vereda, luchando Mateo por quitarle el arma, mientras Laura dudaba entre socorrer a Mateo o quedarse abrazada al niño para que no viera esa horrible escena, hasta que resonó un disparo en la confusión y el arma resbaló de la mano del hombre para caer en una alcantarilla abierta.

Fue un instante apenas de silencio que a todos les pareció eterno.

Cuando Laura reaccionó, se acercó con rapidez, temiendo hallar lo peor, pero, para su sorpresa, pudo escuchar a Mateo que, mientras lo inmovilizaba con su rodilla, le susurraba al hombre tendido en el suelo:

—Viejo, yo sé que la situación es desesperante, pero no podés hacer esta locura, tenés un hijo y es tu deber cuidar de él hasta el último instante. Aparte, este desastre no va a arruinar la fortuna que es ser padre tanto como para que la quieras desperdiciar así —con la voz quebrada, sin percatar la presencia cercana de Laura, Mateo continuó— ¿Vos sabés lo que yo daría por tener un hijo con la mujer que amo?

En ese momento el niño se abrazó con fuerza a su padre, ayudándolo a incorporarse. Mientras lloraba y reía a la vez, el hombre le aseguró:

—Perdóname, perdóname, por favor, vamos a estar juntos pase lo que pase —mientras aferraba con fuerza a su hijo en un abrazo interminable, cruzó su mirada con la de Mateo y le expresó:

—¡Gracias!, no sé cómo agradecerle, evitó que hiciera una locura...

Mateo respondió con un ademán humilde y sintió los brazos de Laura que lo rodeaban mientras le decía:

—¡Estoy muy orgullosa de vos, la verdad..., estuviste muy bien! ... además lo que dijiste..., eh, no sé, me llegó muy profundo, ..., me di cuenta que yo, eh... —balbuceaba Laura, mientras hacía un esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas.

En ese momento, las miradas de ambos se cruzaron, tornando invisible a toda la gente que pasaba corriendo, haciendo insignificantes todas las sirenas y alarmas que sonaban, escondiendo al mundo que se desmoronaba bajo la

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



proximidad del roce de sus labios, cuando pudieron reconocer la voz de Lucas, que los buscaba desde la vereda de enfrente:

—¡Laura, Mateo! ¡Laura, Mateo! —Gritaba Lucas con desesperación, mirando para todos lados.

—Pero, loco, ¿dónde te metiste? —Preguntó Mateo sorprendido, mientras se acercaba con Laura a abrazarlo.

—No sé, no sé, estaba saliendo del local, cuando pasó un colectivo a toda velocidad repleto de gente, —contaba agitado Lucas— ¡casi me pasa por encima en la vereda!

Trataron de tranquilizarlo, pero Lucas continuó:

—Yo los estaba buscando, ..., porque ya queda muy poco tiempo y prefería que volvamos a casa, pongamos algún tema copado y ..., no sé —Lucas trataba de esquivar con sus palabras el momento que se avecinaba.

—Lucas tiene razón, Mateo —asintió Laura, con los ojos nublados por las lágrimas que pugnaban por asomar pese a su fortaleza— quedan unos diez minutos y la verdad prefiero que mi visión se quede con la imagen de nosotros en casa, donde tantas cosas lindas pasamos.

—Listo, entonces, no perdamos más tiempo, —exclamó Mateo— ¡Vamos, che, qué estamos vivos todavía!.

Caminaron con prisa las cuadras que los separaban de la casa, esquivando a la anárquica muchedumbre que invadía las calles y que se agolpaba frente a la pantalla que indicaba los minutos que restaban para el desastre.

Al llegar a la casa, ingresaron rápidamente y Mateo corrió al portalápices del comedor a escribir una nota, mientras decía:

—Vamos a poner la cinta de la filmadora en un lugar bien visible de la casa, para que en lo posible sea fácil de encontrar, pero antes le voy a escribir este mensaje:

«Seres del futuro: Si ustedes están leyendo esta nota, es porque sobrevivieron a la catástrofe que extinguió a la humanidad. Esperamos que no repitan los horrores de nuestra civilización que fue, en forma progresiva, resignándose a la injusticia, el hambre y el dolor del prójimo, sepultando valores humanos e ideales como la solidaridad, la justicia y la igualdad. Como muestra de este final apocalíptico y tal vez

ERIDANO
SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI
Nº 1



merecido, les dejamos esta cinta que deseamos les sirva para conformar una civilización de seres libres y justos.

¡Hasta la victoria, siempre!»

Acto seguido, bajo las atentas miradas de Lucas y Laura, que asentían en silencio, Mateo colocó el mensaje encima de la cinta filmada.

Poco a poco las luces fueron decreciendo su intensidad y a Mateo le pareció sentir que su pulso disminuía segundo a segundo. Intento enhebrar una frase coherente o tratar de interrogar a los demás sobre si experimentaban las mismas sensaciones, pero era inútil, también su energía se iba diluyendo. Aunque en su mente deseaba gritar con todas sus fuerzas, todo lo que podía escuchar era silencio absoluto.

Por un momento pudo observarse a sí mismo, cada vez más distante, y llegar a adivinar, entre las penumbras crecientes, a su cuerpo junto al de Laura.

© *Franco Arcadia*



EXTRAÑO BUENOS AIRES

Mientras encendía un nuevo cigarrillo, Víctor observa el reloj de la oficina en forma insistente, como si esa tarde de Jueves Santo, hubiera anhelado provocar que acelerase su marcha. A medida que se acercaba la hora de terminar su jornada laboral, su ansiedad iba aumentando, tentado por la oportunidad que le presentaba ese receso de Semana Santa de 1986. Solamente con recordar que esa noche, luego de soportar estoicamente reiteradas negativas, al fin pasaría a buscar a Mariela por su casa, hacía crecer sus expectativas y lo obligaba a revisar, a cada instante, hasta el mínimo detalle de la velada romántica que había imaginado infinidad de veces y que estaba a punto de suceder.

Aprovechando la ausencia de su jefe, Víctor interrumpió su trabajo en la máquina de escribir y, mientras se cebaba unos mates con bizcochitos, dispuso a preparar su maletín para asegurarse que no olvidaría, en su apuro, los chokolatines *Jack* y juguetes de *He-Man* que había comprado para obsequiarle a sus sobrinos y en los que había gastado unos cuantos australes de los que había recibido como anticipo de sueldo.

Al contemplar esa escena, desde el otro escritorio, Cesar expresó con sorna:

—Pero, ¡me extraña, Víctor! Para venir a la marcha contra el Punto Final, decís que no podés y ahora veo que te fuiste a comprar esas propagandas bélicas yanquis a tus pobres sobrinos.

Víctor, acostumbrado a esa clase de comentarios ácidos de su compañero de trabajo, lo tomó con humor.

—¡Qué querés que haga! —Decía Víctor mientras seguía, sonriente, mirando los paquetes— ¡Si mi hermana a la hora de la leche les pone la tele que les da una manija bárbara! Yo, por mí, les regalaba la camiseta de Atlanta, los llevaba a comer al Pumper y listo...

Entre carcajadas, mientras comenzaba a alejarse, Cesar le respondió:

—Dejá, viejo, no sé que es peor. —Cesar regresó sobre sus pasos para agregar, antes de cerrar la puerta de la oficina— Mejor, dale unas felices Pascuas de mi parte y deciles que yo les voy a mandar un banderín del verdadero campeón...

ERIDANO
SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI
Nº 1



Minutos después, antes de levantarse de su escritorio para retirarse, Víctor cerró el cajón donde guardaba sus casetes y empezó a apagar todas las luces de la oficina. Al salir al pasillo del edificio, oprimió el botón del ascensor mientras se aseguraba de guardar el resto de dinero, del adelanto de sueldo, en el bolsillo de adentro, con cierre, de su maletín negro.

A medida que aguardaba que el elevador lo aleje de su rutina laboral diaria, Víctor recordó que debía pasar en algún momento del fin de semana por la casa de su vecino, quien quería mostrarle el novedoso centro musical con tocadiscos y doble casetera que había adquirido en el exterior.

La aparición de su jefe, surgiendo del ascensor, arrastró, hasta la memoria de Víctor, el útil consejo de Cesar sobre la conveniencia de irse siempre por las escaleras, más cuando uno tenía una cita importante. Tratando de disimular su rabia y de no postergar más su retirada, Víctor esbozó un saludo cordial que recibió una rápida réplica de su jefe:

—¡Ramírez, suerte que lo encuentro! —mientras palmeaba la espalda de Víctor— Tenemos que presentar, el lunes a primerísima hora un escrito para un cliente e imagínese que yo me quedaría a prepararlo, usted sabe, pero tengo una reunión de negocios impostergable, así que espero contar con su colaboración...

Víctor sentía que la bronca le crecía y que no quería que sus anhelados planes con Mariela queden relegados, pero también recordó que su jefe había accedido a anticiparle gran parte del sueldo de ese mes, por lo que trató de no perder más tiempo y, forzando una diplomática sonrisa de compromiso, respondió:

—No se haga problema, Doctor, —dijo Víctor mientras volvía a entrar a la oficina— démelo y vaya tranquilo que yo se lo dejo terminado en su despacho.

El jefe, con su rostro complacido, ingresó junto con Víctor y, sigilosamente, se apropió de un viejo ejemplar de *Tiempo Argentino*. Mientras Víctor intercalaba los carbónicos entre las hojas que colocaría en su máquina de escribir, su jefe, actuando con disimulo, tomaba nota, antes de partir, de alguno de los teléfonos publicados en las últimas páginas del diario.

A medida que el reloj de la oficina avanzaba su derrotero, Víctor iba completando, entre cigarrillo y cigarrillo, cada uno de los numerosos escritos que tenía que confeccionar, tratando de finalizar sus tareas lo antes posible, pensando, con calma, en que todavía tenía tiempo de sobra para poder pasar por su casa a tomar una ducha, sin apuro, cenar algo liviano y vestirse con sus mejores ropas, las que había dejado cuidadosamente acondicionadas y



retirar de la heladera la botella que guardaba, desde hace tiempo, para una ocasión tan especial como la de esa cita a medianoche en casa de Mariela.

Cuando, finalmente, el ruido de la máquina de escribir cesó, Víctor colocó, cuidadosamente, el trabajo terminado sobre el escritorio de su jefe, a la vez que observando los avisos clasificados del diario que había quedado abierto allí, imaginó el tipo de «reunión de negocios impostergable» en la que su jefe debería estar involucrado en ese momento.

Al traspasar el portón del edificio, Víctor recibió con alivio al aire fresco nocturno de la calle Corrientes y luego de cerciorarse de que había comprado fichas de subte esa mañana, encaró hacia la entrada de la estación Carlos Pellegrini de la línea B, deteniéndose un instante a contemplar los novedosos afiches del estreno de la película *El exilio de Gardel*, mientras se imaginaba disfrutándola, acaramelado, junto a Mariela.

Una vez traspasados los molinetes, Víctor contemplaba el reloj de la estación para asegurarse que todavía circulaba el subterráneo a esas horas de la noche, cuando le pareció escuchar el sonido del silbato del conductor. Apurado, descendió las escaleras a los saltos, para llegar un instante después de que se cerraran las puertas de los vagones que ya empezaban a alejarse de su vista.

Frustrado, Víctor se quedó unos instantes maldiciendo su suerte por haber perdido el último subte de la noche y pensando que, con la demora que le iba a significar el regreso en colectivo, iba a tener que tomar un taxi desde su casa hasta la de Mariela si quería evitar llegar con retraso. Cuando giró para regresar a la escalera, observó que tres muchachos, llamativamente rapados, venían caminando, por el andén, directo hacia donde se encontraba él.

Víctor aferró el maletín con mayor fuerza y observó para todos lados, buscando en vano la presencia tranquilizadora de alguna otra persona. Con creciente temor, comprobó que se encontraba casi al final del andén y que para alcanzar la escalera, era imprescindible pasar por el medio de los extraños a quienes tenía cada vez más cerca.

Aunque Víctor intentó ser optimista pensando en que solamente le harían una consulta y se marcharían, pero cuando el mayor de los muchachos extrajo un cuchillo de su campera de cuero, no tuvo la menor duda acerca de las intenciones que tenían, sintiendo como el miedo procuraba paralizarlo, pensó rápido en los regalos y el dinero que traía en su maletín, fundamental para su velada soñada, y que no estaba dispuesto a entregar.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



Decidido, pero consciente del escaso éxito de su plan, emprendió una carrera arremetida tratando de esquivar a los muchachos, quienes de un brusco empujón lo hicieron retroceder, acorralándolo lentamente contra el fondo del andén. Desesperado al ver el reflejo de la navaja acercarse a su cuello, Víctor, tambaleante, esquivó el ataque, quedando con un pie en el borde del andén, mientras hacía equilibrio para no caer a las vías. Al ver la oportunidad, uno de los ladrones intentó aprovechar la ocasión para arrebatarse el maletín. Luego de un breve forcejeo, Víctor logró retenerlo, pero en su impulso cayó del andén.

Mientras trataba de incorporarse, con dificultad, Víctor creyó escuchar, entre insultos, un sonido similar al de un arma al martillar. Eso lo lanzó a correr, zigzagueante y con todas sus fuerzas, hacia el oscuro interior del túnel, preparándose para experimentar en su cuerpo la desconocida sensación de recibir un balazo.

En su desaforada carrera, Víctor no se animaba a mirar hacia atrás por temor a tropezarse en la penumbra y ser presa fácil de sus agresores. Tampoco se permitía dudar en su marcha, por lo tanto doblaba por cada túnel que se le presentaba, prefiriendo los más estrechos y oscuros para que dificulten su ubicación.

Luego de varios minutos de loca carrera, sintió que tanto sus piernas como su corazón comenzaban a flaquear sus fuerzas, eligiendo un estrecho pasadizo que surgió frente a sus ojos, entre la espesa oscuridad que todo lo envolvía. Desde allí, trató de acallar su agitación, para no delatarse, mientras se abrazaba al maletín y se tocaba el cuerpo para constatar si presentaba alguna herida.

Poco a poco, comenzó a tomar conciencia de que no se encontraba muy lastimado, y de que la sangre que tenía en su camisa era de un raspón producto de la caída, no presentando gravedad alguna aparente. Le aterraba la idea de llegar a su soñada cita con una cicatriz en su rostro. A medida que vio que pasaban los minutos y que no había señales de sus atacantes, fue recuperando lentamente la calma, tratando de serenarse y de pensar la mejor forma de salir de allí y regresar a la calle lo antes posible.

Luego de sentir que su energía se iba recuperando paulatinamente, Víctor se percató de que estaba rodeado de cables de alta tensión y de que, si no se manejaba con extrema prudencia, podía resultar electrocutado ante el menor descuido. Un instante después, aguzó su oído al máximo, intentando descifrar el significado de un extraño sonido que escuchaba a lo lejos.



Víctor aún preso del temor, ni siquiera consideraba la posibilidad de intentar desandar el camino realizado y volver a toparse con sus perseguidores, por lo que procuraría explorar los túneles, tratando de hallar una salida que lo rescate de esa pesadilla y lo devuelva a sus planes originales.

Una insistente gotera que hizo blanco sobre su nuca, lo estimuló a moverse y abandonar el refugio seguro. Con cautela, Víctor dio un paso hacia delante, dudando entre aferrarse a la pared poblada de cables y cañerías o enfocar su atención en no tropezar con la infinidad de hierros y maderas que sembraban el suelo de ese húmedo pasadizo.

A medida que tomaba confianza, Víctor iba recuperando su sentido del equilibrio y esquivaba sin mayores dificultades los numerosos obstáculos que se le presentaban. Luego de vagar por varios corredores que asomaban en su errante recorrido y de realizar algunos descansos obligados para recobrar, aunque sea parcialmente, el esfuerzo físico y mental efectuado, Víctor arribó, con sorpresa, a lo que parecía ser un amplio túnel cuya luz, casi mortecina, captó su atención inmediatamente.

Decidido, se introdujo y, pocos metros más adelante, al trastabillar, se intentó agarrar del rugoso muro, chocando sus temblorosos dedos con lo que parecían ser restos de una placa recubierta por el paso del tiempo. Su enorme curiosidad frenó su envión y frotó con su mano la polvorienta superficie para descubrir que tenía grabada una inscripción en el frente. Presuroso, encendió un fósforo que extrajo del bolsillo de su pantalón y acercó su rostro a la leyenda que rezaba: **Junio de 1937. En memoria de los obreros fallecidos. Obra Tribunales-Catedral.** Víctor observó, antes de que la pequeña llama se extinguiera, que el cartel llevaba la firma del personal de la empresa Compañía de Tranvías Anglo-Argentina. Pese al escalofrío que le recorrió la espalda al pensar la cantidad de vidas que hallaron sepultura ahí mismo donde él se encontraba, la placa lo convenció de que estaba en buen camino, ya que, sin darse cuenta, había realizado una especie de combinación entre distintos ramales del subterráneo.

Unos instantes después de doblar la curva propia del camino, Víctor confirmó su hipótesis al comprobar un pronunciado cambio en el paisaje y al observar los carteles que le señalaban que se encontraba en la estación Catedral de la línea D. Avanzó pleno de esperanzas y excitación por la proximidad inminente de una salida al mundo exterior. Una vez que se percató de que se hallaba totalmente desierta y de que no entrañaba riesgos aparentes, se aproximó con confianza a la escalerilla que, adosada a una pared del túnel, le permitía subir al andén.



Una vez incorporado en la plataforma de la estación, aprovechó la escasa iluminación que regalaba a lo lejos un solitario y desgastado tubo fluorescente para acomodar sus ropas y apariencia de cara al, cada vez más cercano, encuentro con el resto de la gente que, según él, transitaría por la superficie. Si bien Víctor no usaba reloj, suponía que toda su odisea había durado alrededor de un par de horas y que todavía podía cruzarse con muchas personas y no quería que lo señalen por su aspecto. Además ya había descartado totalmente la idea de pasar por su casa y decidió que, en cuanto se encontrara en la calle, se subiría al primer taxi que se cruce en su camino para llegar lo antes posible a la casa de Mariela.

Con ansiedad y dispuesto a no resignar más tiempo, se dirigió, acariciando la fría suavidad de los familiares azulejos verdosos de la pared del andén, a la primera escalera de salida, para comprobar con fastidio que se encontraba totalmente cerrada con rejas y una gruesa cadena con candado. Luego de pegarle unos cuantos puntapiés, llenos de rabia, a todos los enrejados que fueron apareciendo y que bloqueaban cada una de las salidas, Víctor sintió un terrible dolor en su pie derecho, que mostraba la punta de su zapato prácticamente destruido. Olvidando su herida y de la mano de la desesperación, lanzó un grito, al principio calmo pero que fue tornándose lastimoso al no obtener ninguna respuesta.

Por momentos le parecía increíble que horas atrás se encontraba seguro y tranquilo en la oficina, saboreando un cigarrillo, planeando sus actividades, charlando entre mates con César, soñando con su anhelada cita, sin considerar, jamás, que acabaría pasando la medianoche atrapado en una estación de subte. Víctor no quería, por nada del mundo, resignarse a perder su oportunidad con Mariela. Se torturaba pensando en que seguramente, a esa hora, ella se encontraría aguardándolo, hermosa, como cada vez que la veía dejar su estela de sensualidad por las calles de Villa Crespo. Ese sentimiento de profunda desazón le distrajo de la dolencia en su pie y lo intimó a tratar de evaluar, con el mayor juicio y lucidez posible, las distintas alternativas que se le presentaban.

Víctor cerró los ojos con fuerza, asumiendo que si permanecía en la estación, esperando a que en la mañana siguiente abrieran las salidas, se condenaría a olvidarse de conseguir otra ocasión como la de esa noche, por lo tanto se decidió a lograr escapar hacia la superficie a cualquier costo. Razonó que, para alcanzar su objetivo, debía abandonar la estación y tratar de ubicar, entre los túneles, alguna salida de emergencia propia de la construcción. Si eso implicaba la obligación de volver a sumergirse en la húmeda oscuridad de ese laberinto subterráneo, estaba dispuesto a correr el riesgo.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



Sin perder un solo instante más, Víctor retomó su marcha, tratando de moverse con agilidad pero evitando recargar el peso de su cuerpo sobre el pie dolorido. Minutos más tarde, apenas percibía la cada vez más lejana luz de la estación Catedral que quedaba a sus espaldas y se hundió en un nuevo túnel que surgió a su derecha. Olvidando los recaudos acerca de los cables de alta tensión, Víctor iba tanteando las paredes tratando de encontrar alguna escalera que le permita ubicar alguna vía de escape.

Deambuló un largo rato por túneles cada vez más estrechos y nauseabundos donde la arcilla de las paredes parecía deshacerse a su paso, dudando, en los momentos en que crecía su desconcierto, sobre la alternativa de volver hacia el refugio seguro de la estación. Extenuado y sediento por la larga e infructuosa caminata, enganchó el maletín a su cinturón para no tener que cargarlo y tener ambas manos libres. Segundos después, se apoyó contra una sinuosa y húmeda pared con el fin de recobrar energías. Sus ojos se cerraron unos instantes, fruto de la decepción que lo envolvía, pero, rápidamente, sus sentidos lo alarmaron al percibir un extraño murmullo, que recordaba haberlo oído anteriormente. Ese desconocido y llamativo sonido iba aumentando su intensidad, como si se aproximara vertiginosamente hacia donde Víctor se encontraba.

Cuando descifró, en el medio de la oscuridad, que la causa de lo que escuchaba eran las decenas de pequeños ojos brillantes que transitaban veloces por las cañerías de las paredes, directo hacia él, se incorporó de un salto, comenzando a correr despavorido, introduciéndose hacia la derecha en un estrecho conducto, donde sus pies se empantanaron en el blando suelo que se encontraba cubierto de barro y que parecía disolverse bajo sus zapatos. Víctor, mientras intentaba correr en el fango, miró hacia atrás confirmando que los roedores habían seguido por el túnel principal. No llegó a darse vuelta, aliviado, cuando el piso comenzó a desmoronarse, arrastrando a Víctor en un gran tobogán de tierra. Su cuerpo rodaba en la caída, mientras su mente se convencía de que su fin había llegado.

Cuando Víctor recuperó el conocimiento, no podía precisar cuánto tiempo había transcurrido en ese estado que comenzaba a abandonar, pero sí se dio cuenta de que su cuerpo ya no estaba desplazándose y de que se encontraba inmerso en la más absoluta y silenciosa oscuridad. Su mente, temiendo lo peor, intentó ordenarle a sus ojos que se abrieran, pero era tal la confusión que lo dominaba, que nada en él le obedecía. Poco a poco, el dolor le trajo la buena noticia de que su cuerpo aún se encontraba sensible e instintivamente lo comprobó moviendo sus piernas, con lentitud temerosa. Al estirar sus brazos, el roce del maletín sobre su dolorida piel logró sobresaltarlo, ayudándolo a incorporarse de un brinco.



Intrigado por su paradero incierto, hurgó, laboriosamente, en sus bolsillos para ubicar la preciada caja de cerillas. Al encender el primer fósforo, un alarido desgarrador brotó de su garganta apagando la pequeña llama. Si su vista no le había gastado una broma macabra, estaba rodeado de huesos humanos en lo que parecía ser una arcaica celda. Aterrado, Víctor intentó, en vano, iluminar nuevamente pero solo provocó, con sus temblorosas manos, que se cayeran varios fósforos al suelo. Tanteando, a ciegas, mientras aferraba la caja con extrema fuerza, logró rescatar una cerilla que encendió inmediatamente, para confirmar su horrenda hipótesis.

Intentando abstraerse del pavoroso cuadro que lo asediaba, Víctor se abalanzó sobre algo que se encontraba enganchado a una de las paredes de piedra y que parecía ser un candelabro, Pensando en que las dos velas que había hallado en él, debían durarle el mayor tiempo posible, encendió una sola de ellas, cerciorándose de que le quedaban algunas cerillas todavía en su poder. Una vez que sintió que tenía asegurado, por lo menos momentáneamente, no volver a la temible penumbra, Víctor se dedicó a investigar a su alrededor.

Superado el espanto inicial que le producía ver esos restos humanos apilados en un rincón, Víctor especuló con que se hallaba en una especie de antiguo calabozo debido a la presencia de cadenas y grilletes que se encontraban empotradas a las piedras de los muros. Levantando el candelabro, adivinó, en el alto techo, el hueco por el cual había caído y que ahora se tornaba inaccesible. Revisó las piedras con detenimiento, encontrando algunas leyendas talladas en una lengua incomprensible, que supuso latín, y un pequeño trozo de tela que parecía ser una parte de un viejo mapa que, debido a su deterioro, solamente permitía leer fragmentos de inscripciones como *Ignacio* o *tiempo* que no lograba descifrar. Desorientado, Víctor guardó la tela en su bolsillo y dedicó un buen rato tratando de mover las piedras o de escalarlas, con escaso éxito, por lo que abandonó rápidamente sus infructuosos intentos.

Agitado y furioso, arrojó con violencia el maletín contra uno de los muros, maldiciendo su suerte y deseando, entre sollozos, volver a su casa, pasear con sus sobrinos o estar junto a Mariela alguna vez, mientras pensaba que, para entonces, ella se encontraría desconcertada y ofendida por su injustificada ausencia. Un ruido que surgió de su estómago, le avisó que llevaba varias horas, no podía precisar cuántas, sin comer y que el hambre tampoco era un buen aliado en esos casos. Recordó los chocolates que había en su maletín y con desesperación se arrojó sobre ellos, arrancando el envoltorio con fruición y devorándolos en pocos minutos, mientras el terror a la sed, que comenzaba a asomar amenazante, lo hizo desistir de consumir las dos últimas golosinas que quedaban.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



Con melancolía, Víctor pensaba lo inútiles que eran, finalmente, las pertenencias que llevaba y que con tanto ahínco había defendido. Irónicamente, observaba el dinero desparramado en su maletín, mientras, por primera vez, entendía claramente su relativa importancia. Entre tanto, en el piso quedaban, inertes y abandonados, los diminutos juguetes y que, al igual que Víctor, tampoco habían imaginado ese lúgubre destino.

Al levantar la vista del suelo, observó que uno de los muros parecía tener una piedra que sobresalía llamativamente del resto. Se incorporó con toda la agilidad que le permitía su cuerpo dolorido y con ambas manos empujó, lentamente, esa roca hasta alinearla con las demás. En ese momento, un brusco temblor se produjo a sus espaldas y Víctor, pasmado, contempló como, brevemente, se deslizaba uno de los muros, realizando una estrecha abertura vertical. Sin dudarlo ni un instante, Víctor se arrimó, con el candelabro en su mano, hasta esa grieta, colocando su cuerpo de perfil y mientras contenía la respiración con su rostro pegado a la arcilla de la pared, angustiosamente, logró deslizarse hasta atravesarla por completo.

Una vez que estuvo del otro lado del muro, y cuando este se había cerrado clausurando cualquier alternativa de regreso, se percató de que había dejado el maletín olvidado e irrecuperable. Cuando comenzaba a reprocharse su torpeza, Víctor descubrió, azorado, que se encontraba en una sala que poseía unas piedras apiladas que formaban un primitivo escritorio, donde yacía, abierto de par en par, un inmenso libro cubierto de polvo. Presuroso en la búsqueda de alguna pista que le ayude a escapar, se abalanzó sobre el antiguo texto y observó que sus amarillentas y quebradizas hojas parecían estar repletas de anotaciones clasificadas en diversas columnas. En estas figuraban nombres tales como *Álvaro de Mendoza* o *Felipe Logroño*, con anotaciones al margen, casi ilegibles por el paso del tiempo, que Víctor interpretó como *Contrabando*, *Esclavo*, *Hereje*, algo que aparentaba ser un número de calabozo asignado y otras inscripciones más que no logró descifrar. En el último renglón de la hoja, figuraba una llamativa firma en la que se podía leer **Padre Jesuita Krauss – Fuerte de Santa María del Buen Ayre – MDCLXI.**

Súbitamente, Víctor comprendió que había caído a unos túneles cuya antigüedad se medía en siglos. Ese hallazgo lo aterraba y lo fascinaba a la vez. Al intentar dar vuelta la página, el antiguo papel parecía desintegrarse entre los dedos de Víctor, quien intuyendo que el resto del libro continuaba detallando los datos de quienes tuvieron la desdicha de acabar en el calabozo, optó por dejarlo, cuidadosamente, del mismo modo en que lo encontró, tratando de que su presencia no haya osado alterar, en lo más mínimo, esa huella subterránea.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



Su garganta áspera y seca lo empujó a colocar su boca contra uno de los muros por el cual caía un hilo de agua casi invisible, mientras el dolor de su pie se convertía en costumbre. Jamás Víctor hubiera imaginado que, debajo de las calles que solía transitar habitualmente existiera esa clase de asombrosos laberintos de los cuales aún desconocía que tipo de sorpresa le podían deparar. Mientras observaba a su alrededor, iluminando los muros con el candelabro, descubrió un grabado en la pared que le resultó familiar. Inmediatamente, extrajo el retazo de tela que había hallado y lo comparo con la inscripción del muro, notando que se complementaban perfectamente, formando una gran cruz entre ambos. En el acto, Víctor comprendió que algo valioso se escondía o había existido en esos túneles, que figuraban en el grabado de la pared con el nombre de *San Ignacio* y que según lo que se desprendía del mapa, aludían a unos *discos del tiempo* y que parecían encontrarse en una ubicación no muy lejana.

La humedad que atacaba sus pulmones y el frío que penetraba en sus huesos, le recordaron la urgencia de encontrar una salida al exterior y, una vez a salvo, dejar sus hallazgos en manos de arqueólogos especialistas. Dispuesto a recuperar el tiempo perdido, avanzó con decisión, esquivando antiguas vasijas partidas, hacia una abertura en uno de los muros que parecía ser la entrada a un prolongado pasillo estrecho. A medida que Víctor se internaba con muchas dificultades, comenzó a pensar que, si su mente no lo engañaba, al final del pasadizo debería toparse con la marca señalada en el plano, que lo atraía y a su vez acrecentaba sus esperanzas de hallar una forma de regresar a la superficie. Mientras, hipnotizado y casi desfalleciente, trataba de no perder de vista su anhelado objetivo, se reprochaba, entre sollozos, el no haber permanecido paciente en la estación cerrada, donde, a esa altura, solamente le faltarían unas pocas horas para regresar a su mundo habitual donde podría volver a ver el rostro de Mariela y de sus seres queridos.

Pese a que, por momentos, parecía que su rumbo era errático y que sus fuerzas estaban a punto de abandonarlo, Víctor alcanzó a notar que, a cada paso que daba, su corazón latía con mas intensidad. Poco a poco, sus ojos comenzaron a encandilarse, como si se toparan con un súbito resplandor y así, casi cegado, penetró en una pequeña recámara donde, al ingresar, se quedó petrificado al observar, en el muro que se erigía frente a él, la presencia de tres enormes discos circulares de piedra, en forma superpuesta de mayor a menor, con dibujos grabados en sus superficies y con un único eje en su centro.

Víctor se acercó tímidamente hacia su fascinante hallazgo. Iluminó con su candelabro la superficie que quedaba visible de cada uno de los discos de piedra, tratando de descifrar los extraños dibujos que presentaban. Con admiración, comprobó que el disco más grande de todos, el que se encontraba

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



amurado a la pared, contenía cuatro dibujos equidistantes entre sí. En su extremo superior figuraba un extraño símbolo formado por un triángulo, que se le figuraba equilátero, con un ojo abierto en su interior. Siguiendo con la vista el recorrido de unas hipotéticas agujas de reloj, el segundo grabado representaba un bello crucifijo. En el centro del extremo inferior de ese primer disco, Víctor observó con curiosidad, la figura de una especie de ocho horizontal que acarició con sus dedos trémulos. El último diseño tallado en el primer disco semejaba un perfecto corazón.

Luego, Víctor se concentró en el disco que ocupaba la posición y el tamaño intermedio, y pudo notar que en su superficie visible se encontraban cuatro figuras, también equidistantes, que simbolizaban un redondo sol, una estrella de cinco puntas, una luna en cuarto creciente y una exacta figura humana. Por último, el disco más pequeño y sobresaliente, expresaba un único dibujo que ocupaba toda su superficie y que representaba una mano abierta. Encantado por su misterioso descubrimiento, Víctor observaba una y otra vez los extraños signos, tratando de hallarles algún tipo de relación o significado oculto.

Minutos después, Víctor, agotado, se encontraba a punto de desistir en su afán de comprensión. Pero, al querer acercarse tratando de buscar alguna pista, trastabilló con torpeza, aferrándose, con sus manos del disco, intermedio, el cual, para su sorpresa, comenzó a girar lentamente en el sentido de las agujas del reloj. Cuando Víctor se repuso de su confusión, notó que los dibujos ya no se encontraban alineados en la posición original y se dio cuenta que, si utilizaba ambas manos, podía rodar cualquiera de los discos, disponiendo cualquier combinación entre los distintos símbolos grabados.

Luego de varios minutos de desconcierto ante las distintas composiciones que lograba, Víctor abandonó la idea de continuar girando los discos y extenuado apoyó su mano derecha, sin darse cuenta, en el centro del pequeño disco central, justo encima de la mano tallada en su interior. En el acto, una intensa oleada de temblores sacudió todo su cuerpo, arrojándolo violentamente hacia atrás. Cuando Víctor abrió nuevamente sus ojos, observó incrédulo que frente al muro que contenía los discos, había surgido una enorme escalera vertical de antiguos barrotes de hierro, cuyo final escapaba del alcance de su vista.

Desesperado, se incorporó con agilidad, comenzando a ascender con tanta ansiedad, que temía resbalar o que el corazón escape de su pecho. Varios minutos después y cuando Víctor enloquecía pensando que se encontraba preso de una broma del infinito, atrapado en un camino eterno, sus alterados sentidos le arrastraron, hasta el torbellino de su mente, sonidos que parecían voces humanas. Aunque su angustia era aliada de la incertidumbre de no

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



saber cuánto tiempo había permanecido bajo la superficie, ya no le importaba su aspecto sucio y sus ropas harapientas, Víctor solamente anhelaba terminar de trepar los pocos escalones que le faltaban para escapar de esa pesadilla, mientras un bombardeo de imágenes donde se mezclaban sus sobrinos, Mariela, su hermana, César y hasta su jefe, casi le hicieron perder el equilibrio dejándolo al borde de una caída fatal.

Repentinamente, Víctor sintió como sus fuerzas se multiplicaban y logrando aferrarse nuevamente con ambas manos, aprovechó el empujón para continuar subiendo con firmeza topar su cabeza contra lo que parecía ser una pesada tapa metálica, donde finalizaban los escalones. Enganchó sus piernas entre los últimos barrotes de la escalera y esforzándose, con ambas manos, logró desplazar, lentamente, la última barrera que le restaba franquear...

Un rayo de sol impiadoso, golpeó el rostro de Víctor cegando su vista ya desacostumbrada a la claridad. Un incesante cúmulo de sonidos, voces y ulular de sirenas, atormentaron sus tímpanos, aturdiéndolo. El estrepitoso ruido de un motor a toda marcha que se dirigía directo hacia él, lo obligó a retroceder, colocando su cuerpo a salvo al hundirse en el hueco del cual había brotado. Segundos después, con lentitud pero con sus sentidos en máxima alerta, Víctor asomó nuevamente su cabeza tratando de aprovechar la chance para terminar de emerger, impulsado por sus manos, por completo a la superficie del asfalto.

Pese a que se encontraba a plena luz del día, su recientemente entrenado instinto de supervivencia, le recomendó refugiarse detrás de un paredón cercano hasta estar seguro de en qué barrio se encontraba. Cuando pudo aquietar su excitación, se tomó un respiro para observar en derredor. Lo primero que captó su atención fue un cartel con una enorme letra *m* dorada, como dos arcos contiguos, sobre fondo rojo, que nunca antes había visto, colocado en un imponente edificio que se erguía al costado de una iglesia prácticamente en ruinas. Pero lo que más lo desconcertaba era la primera impresión que tuvo del paisaje, que le devolvía una zona de Buenos Aires desconocida para él y muy diferente a la que habitualmente recorría. Ante sus ojos, la ciudad se le aparecía tan futurista como desoladora y apocalíptica.

El sonido de un automóvil aproximándose raudo lo hizo girar bruscamente, contemplando absorto como una maquinaria plateada transitaba veloz casi sin tocar el asfalto de la avenida. Mientras Víctor forzaba a su memoria a recordar si había leído algo en las revistas sobre un nuevo modelo de automóvil tan moderno, el ruido de sirenas alertó sus sentidos, analizando a su alrededor el abismal contraste que reinaba entre viejos locales abandonados con los vidrios rotos o con las persianas bajas y enormes centros



comerciales de acero y cristal polarizado, con numerosos ascensores externos transparentes.

Desconcertado, con la sensación de ser un extraño en su propia tierra, buscó con su vista un cartel que le indique el nombre de la calle en la que se encontraba, para tratar de hilvanar el camino de regreso a su hogar, donde poder serenarse y tratar de retomar su rutina de vida. Casi oculto por las enormes hojas de palmeras que poblaban las veredas, halló el nombre de la *Avenida Halloween* y le pareció totalmente desconocido, por lo tanto emprendió su marcha lentamente rumbo al sur, abriendo los pocos botones que quedaban en su destruida camisa debido al intenso calor que caía del sol extrañamente anaranjado que reinaba sobre el plumizo gris del cielo.

Apenas unos pasos después, un papel en el piso despertó su curiosidad. Cuando Víctor se agachó a recogerlo, una ola de estupor lo sacudió. Era una portada del diario *Buenos Aires Times* del 14 de abril de 2086 y en su primera plana titulaba *Patagon lanza ultimátum a nuestro país*. Desesperado comenzó a leer la noticia que narraba que *el honorable presidente de Patagon, Mr. Ted Turner Jr., en su discurso a los pobladores de New Bariloche City, había expresado su advertencia al gobierno argentino para que no demore la autorización a albergar una cuarta base militar anglo-norteamericana en el noroeste de la Argentina*. Aterrado, Víctor comenzó a comprender que algo terrible e inexplicable había ocurrido mientras él se encontraba bajo tierra.

El vuelo rasante de una escuadra de fulminantes aviones lo empujó a correr varias cuadras, asustado y confundido, deteniéndose al doblar una esquina en una multitudinaria hilera de gente que aguardaban en la puerta de un galpón abandonado bajo un cartel destruido del que solo quedaban unas pocas letras en pie donde se podía observar *Ce o Cul al San M tñ*. Su presencia no llamó la atención de los demás, ya que todos los presentes, miles de hombres y mujeres, se encontraban tan harapientos y demacrados como él y solo fijaban su concentración en lo que expresaba un hombre en el frente, quien, mediante un oxidado megáfono, vociferaba que la cotización del alquiler de úteros había descendido ese día. Mientras tanto desde torres colocadas estratégicamente en las esquinas, guardias fuertemente armados y modernas cámaras digitales vigilaban el orden de la fila, mientras emitían marciales ritmos de sintetizadores que semejabán frases en inglés repetidas en forma indefinida.

Aturdido, Víctor se tapó sus oídos con ambas manos, mientras apretaba sus ojos con fuerza, tratando de escapar de la pesadilla en la que se encontraba inmerso. Todas sus expectativas por salir a la superficie se desmoronaban vertiginosamente, ya que tenía la certeza de que se encontraba absolutamente solo, sabiendo que ni sus seres queridos ni Mariela estarían



aún con vida, y en un futuro nefasto sin lograr comprender como había llegado hasta allí. Lejos había quedado el Buenos Aires que él conocía, sus avenidas, su identidad, su colorido y sobretodo su gente. Un robot, con la gran *M* dorada en el pecho, que patrullaba la calle donde él se encontraba, pareció detectar su presencia e intentar identificarlo. Para evitar más sorpresas desagradables, Víctor se alejó, mientras, tratando de pasar desapercibido, imitaba el andar desalentado y cabizbajo de las personas que había visto.

Al llegar a la esquina, se encontró frente a uno de los grandes centros comerciales y pensó que podía ser un lugar adecuado para pasar inadvertido entre la multitud. Acomodó sus ropas lo mejor que pudo, pero pocos segundos después, al intentar traspasar las puertas automáticas de acceso, sonó una alarma que advirtió que la gente de su clase social no poseía acceso autorizado para ingresar. Antes que se cierren las puertas en sus narices y que los guardias robots lo tengan a su alcance, Víctor llegó a observar que en los brillantes y amplios corredores electrónicos tan solo paseaban unos escasos visitantes, todos ellos llamativamente obesos pero lujosamente ataviados.

Decidido a no correr riesgos innecesarios, y temeroso del castigo que podría recibir esa clase de falta en esa sociedad, huyó rápidamente introduciéndose en el primer local en ruinas que encontró al doblar la calle. Una vez en su interior, comprobó que había sido una vieja librería y que aun quedaban ejemplares desparramados entre sus toneladas de escombros. Con la esperanza de encontrar alguna explicación al infierno que estaba experimentando, Víctor hojeó varios libros con títulos tan dispares como *Cómo festejar San Valentín en clima tropical*, *Decreto de Control de Natalidad*, *Clonación a su alcance*. Pero hubo uno, que parecía haberse resistido a las llamas, que captó su atención inmediatamente. Bajo una portada ennegrecida por el fuego, Víctor adivinó la leyenda *Historia Argentina Siglo XXI*.

Entre las hojas que se habían salvado de ser quemadas, Víctor se enteró del deterioro progresivo que había sufrido la Argentina durante su época reciente. El historiador precisaba que la llegada del año 2000, encontró a buena parte de la población sumida en la pobreza y al resto en una actitud que oscilaba entre la indiferencia cómplice o la pasividad temerosa manifiesta. Cuenta el libro, cómo la sociedad no reaccionó a cada derecho suprimido por los distintos gobiernos que se sucedieron, donde se habían alternado corruptos e incompetentes. Ni siquiera habían opuesto una fuerte resistencia organizada, cuando los extranjeros que predominaban en la rica región patagónica decidieron separarse del país con el fin de acaparar sus enormes reservas de agua y petróleo. A Víctor no le hizo falta leer más para darse cuenta de que nada era casualidad, sino que se encontraba frente al fiel reflejo

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



de las consecuencias de años y años de decadencia económica y cultural progresiva, por acción y omisión.

Al cerrar el libro entre lágrimas, un símbolo grabado en relieve en la contratapa que reflejaba con exactitud los discos que él había hallado en los túneles, lo estremeció con ímpetu empujándolo a tomar una decisión que, apenas unas horas atrás, jamás hubiera imaginado. Sin perder un segundo más y aferrado a su idea como única esperanza, emprendió una loca carrera hacia la boca del túnel desde el cual había emergido, intentando desandar las calles recorridas, sin extraviarse en ese laberinto de calamidades. Cuando Víctor dobló la avenida, esquivando guardias con disimulo, pudo vislumbrar la pesada tapa metálica que ocultaba la entrada al mundo subterráneo que nunca hubiese deseado regresar...

Sus sentidos se acomodaron nuevamente a la inhóspita penumbra. Pronto, Víctor estaba frente a los discos de piedra, mientras imploraba, a su extenuada mente, suplicando, de rodillas y con sus ojos apretados, que recordara la posición original de los mismos. En una sucesión repentina de imágenes que se proyectaban en su interior, Víctor percibió el rostro de sus seres queridos, la sonrisa de Mariela, la Buenos Aires a la que anhelaba regresar y entre todo ese vértigo imparable, se intercaló la réplica de la combinación de los discos a la que debía retornar.

Una vez girados en el sentido contrario a las agujas del reloj y ubicados tal cual imaginó recordarlos, acercó sus dedos temblorosos pensando, confiado, en que cualquier escenario anterior donde pueda emerger iba a ser menos escalofriante que en el que se encontraba en ese momento. Cuando su mano hizo contacto con la réplica grabada en el disco central, un suave temblor le advirtió que la escalera que se había hundido en su regreso, volvía a emerger en toda su prolongada extensión...

Instantes después, su cabeza comenzó a asomar lentamente, mientras Víctor, asustado, no atinaba a abrir sus ojos para observar. La risa de un grupo de jóvenes que transitaban una calle cercana, lo impulsó a observar, encontrándose su vista con el empedrado de la calle Defensa frente a la Iglesia de San Ignacio. Jamás había imaginado, que hallarse en el corazón de San Telmo, de madrugada, le iba a dar tanta felicidad como para hacerlo emocionar como un niño. Incorporado de un salto, se acercó a la ventana de una casa desde donde se podía percibir como un tango era la música de fondo de una apasionada pareja. Con miedo a romper el encantamiento, Víctor se dirigió corriendo hasta un puesto de diario que permanecía abierto en la esquina de la calle Bolívar.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



El solo hecho de observar en la tapa del diario *Sur* la fecha del 14 de abril de 1986 junto a la convocatoria a una marcha, para la tarde de ese Viernes Santo, por la solidaridad, la educación y la justicia, encima de una foto del disco nuevo de Serrat, lo hizo abrazar al sorprendido canillita y salir corriendo a los saltos rumbo a la avenida...

Confundido, al despertar casi al mediodía del Viernes Santo en su anhelado dormitorio, luego de un sueño profundo pero entrecortado y habiendo gastado casi todos los pocos australes que tenía en su casa, en pagarle al taxista que lo llevó hasta su hogar, Víctor pensó que tal vez podía intentar telefonar a Mariela y buscar la manera de obtener una nueva oportunidad, descartando la idea de comentar su inverosímil episodio del que no poseía prueba alguna. Recordando que había prometido almorzar con sus sobrinos y que ya no tendría nada para regalarles, Víctor se vistió con rapidez, tomando los escasos billetes que le quedaban y un par de cospeles telefónicos.

Con una sonrisa de par en par frente a su conocido barrio, aspiró el aire fresco de ese día soleado de otoño y se dirigió hacia la calle Dorrego, donde en el cruce con la Avenida Corrientes, se encontraba la zona comercial de Villa Crespo. Justo en el momento en que iba a ingresar a una juguetería donde vendían los muñecos que querían sus sobrinos, observó que en el negocio de enfrente ofrecían libros en liquidación. Decidido, abandonó la tienda de juguetes importados y luego de cruzar la calle, aceptó complacido la cálida recomendación del librero acerca de comprar un ejemplar de *El Principito* de Antonie De Saint-Exupéry.

Contento, con el libro para sus sobrinos envuelto para regalo incluyendo su esmerada dedicatoria, Víctor se acercó al teléfono público naranja que, luego de ingresarle unos cospeles, le trajo a sus oídos el dulce arrullo de la voz de Mariela. Minutos después de disculparse sinceramente por su ausencia de la noche anterior y luego de intentar convencerla de que realmente deseaba una nueva oportunidad, ella finalmente accedió, proponiéndole a Víctor salir a pasear ese Viernes Santo a la tarde. Cuando él se encontraba a punto de aceptar la cita encantado, dudó un instante, en el que toda su pesadilla desfiló a máxima velocidad por su mente, para luego responderle:

—Mejor mañana, para esta tarde ya estoy comprometido ...

© Franco Arcadia



RECUERDOS PUNTUALES

Las alarmas comenzaron a sonar con insistencia, mientras, por los distintas altavoces, una voz metalizada señalaba en forma monocorde:

—¡Código DCV-342-MV! ¡Secuencia inicial masiva activada!

El mensaje era repetido constantemente, mientras una inmensa pantalla mostraba planos de distintas imágenes que reflejaban un avión comercial en vuelo.

Entre tanto, Cristián, luego de abrocharse el cinturón de seguridad, volvió a observar por la ventanilla, para ver si todavía podía llevarse algún recuerdo más de su querida Buenos Aires.

Una sonrisa nostálgica se dibujó en su rostro, llamando la atención de la señora que ocupaba el asiento contiguo.

A Cristian le costaba admitir que llevaba menos de una hora de vuelo y ya extrañaba mucho la vida que dejaba al partir. Trató de conformarse imaginando como sería Madrid, pensando si le cambiaría el acento o adivinando si podría olvidar a Victoria alguna vez.

Unas pequeñas turbulencias provocaron que la azafata tenga que limpiar el jugo derramado por los niños de los asientos delanteros, pero no lograron distraer a Cristian, quien todavía buscaba una explicación para la actitud que había tenido Victoria el día anterior.

Entre tanto, la enorme pantalla que cubría una de las paredes de la sala vacía, mostraba como el avión se aproximaba hacia un vasto frente de tormenta.

A medida que Cristián, rememoraba una y otra vez, la inmensa desilusión con la que regresó a su casa esa noche, con las flores en la mano y la carta que había preparado en el bolsillo de su pantalón, comenzaba a reprocharse si debiera haberle dado otra oportunidad a Victoria o tal vez contestarle los llamados.

Pero, rápidamente, antes de que lo aceche el arrepentimiento, Cristian justificaba su decisión de viajar, basándose en que era el corazón de ella lo único capaz de anclarlo y de revivir en él sus esperanzas de no abandonar la lucha en su país.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



La voz del capitán lo trajo de nuevo a la realidad, mientras las turbulencias comenzaban a modificar los gestos despreocupados de los pasajeros, despertando a los que dormitaban y haciendo cerrar diarios y libros con preocupación.

Instantes después, en algún otro lugar, la enorme pantalla reflejaba, ante la gran sala vacía, las escenas del avión cuyas alas envueltas en fuego comenzaban a desprenderse en la vertiginosa caída, mientras, en el interior de la aeronave cundían los gestos desesperados de los pasajeros que luchaban por alcanzar una máscara de oxígeno o tratar de aferrarse a sus asientos.

Cristian se esforzaba, en vano, por tratar de librarse del terror paralizante que petrificaba todo su cuerpo y que no le permitía ni siquiera intentar ayudar a la familia que ocupaba los asientos cercanos. Un fuerte impacto en un costado del avión, le hizo girar bruscamente su cabeza hacia la izquierda, donde, la señora mayor dejaba caer sus lágrimas grises sobre el rosario que aferraba entre sus dedos.

Apenas un instante después del desenlace fatal, a medida que los parlantes se acallaban, la pantalla se oscureció totalmente y las luces de la enorme sala comenzaron a decrecer su intensidad, mientras emergieron del piso varias hileras de una especie de cabinas horizontales de un frío acero, casi idénticas entre sí. Cada una de ellas estaba ocupada por los distintos cuerpos de los pasajeros y tripulantes del vuelo estrellado.

Los pequeños caracteres rojos de un cartel electrónico colocado en el frente de cada compartimiento, indicaban los datos completos de su ocupante.

En la cuarta cabina de la segunda hilera, bajo el cartel de **Cristian Rey (24/11/1972 – 15/07/1993)**, se encontraba su cuerpo desnudo, inmóvil, sin un solo rastro del accidente.

Pronto, los altavoces emitieron una señal casi imperceptible, entre tanto surgió la voz metalizada que mecánicamente aseguraba:

—Secuencia inicial masiva completada. Iniciando proyección individual específica.

Las luces de la sala se tornaron de tonos casi violáceos, mientras los cuerpos parecían manifestar un suave y breve temblor.

La mente de Cristian, comenzó a correr el oscuro manto que la cubría, despertando en su cuerpo inerte, la confusa capacidad de experimentar distintas sensaciones.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



Pese a que sus párpados, como el resto de su cuerpo permanecían absolutamente inmóviles, Cristián se sentía como si se encontrara en un largo y estrecho túnel que pese a envolverlo de oscuridad, lo empujaba a perseguir el punto de luz que adivinaba lejano.

Cristian, trató por un instante de dominar su mente para intentar forzarla a recordar quién era y en qué situación se encontraba, pero reconocía que la sensación de paz que lo embargaba era tan intensa, que pronto abandonaba su idea, totalmente relajado.

Simplemente, se dejó llevar por las imágenes que iba percibiendo y deslizó sus sentidos en forma lenta hacia donde se vislumbraba algo, más allá de ese sombrío corredor. A medida que su mente avanzaba y la claridad invadía la escena, su inquietud iba creciendo.

Pronto, al alcanzar y traspasar el final del túnel, la intensa luz produjo un agudo resplandor en su mente, y sin que su cuerpo evidencie movimiento alguno, sus sentidos se estremecieron.

Observó con enorme sorpresa, la escena que mostraba, sobre un fondo blanco, a un pequeño niño quien, de la mano de un hombre, hacía sus primeros intentos en un viejo triciclo.

Cristian percibió como paulatinamente, la acción se fue completando con coches y calles que comenzaron a aparecer ante sus sentidos.

—¡Papá! —gritó Cristian, sin que sus labios o un solo músculo de su cuerpo se inmute.

Asustado, se reconoció en ese pequeño y como si sus recuerdos fueran un libro rescatado en un incendio, recibió fragmentos a los cuales trataba de encontrarle algún sentido.

En forma insistente, esa escena, ahora plena de sonidos, le arrojaban contra sus sentidos palabras o frase sueltas, tales como *Chacarita*, *Plaza Los Andes* o *Avenida Lacroze*, actuando, cada una de ellas, como disparadores de variadas emociones que Cristian percibía como suaves caricias.

Mientras tanto, en toda la sala, donde sólo se podía percibir un tenue zumbido de las luces que se reflejaban en los frentes de las cabinas, no existía el más mínimo movimiento o signo de actividad en ninguno de los cuerpos yacientes.

Solamente la voz metálica de los altavoces quebró el silencio, indicando:

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



—¡Fase de proyección individual iniciada! ¡Activando retroalimentación!

Otro fugaz relámpago, sacudió la mente de Cristian, que divisó como se conformaba una escena que lo mostraba vestido con un pulóver y guardapolvo blanco, observando por la ventana de un departamento, tratando de entender el motivo por el cuál sus padres no participaban de los festejos que parecían ocurrir en las calles.

Una lluvia de imágenes sacudía su mente, donde aparecían, como en un torbellino, muñecos de un *gauchito* vestido de celeste y blanco que portaba una pelota de fútbol verde olivo, mujeres con pañuelos escritos cubriendo sus cabezas, una copa recubierta en oro, pero rebosante de gusanos, hundiéndose en las aguas turbias del Río de la Plata, regando de amargo sabor los sentidos de Cristián, quién luchaba por ordenarle a su percepción para que vuelva a arrojar los dados de los recuerdos.

Intensos resplandores pasajeros encandilaron su mente, arrastrando hacia ella, escenas que lo mostraban contento, aplaudiendo frente a una torta de chocolate, sobre la que posaban nueve velitas que aguardaban su soplo, ante la expectativa de toda la familia. Cristián intentó adueñarse de la cámara que le brindaba estas imágenes para poder notar en la mirada triste de su madre, la certeza de que ese finalmente sería el último cumpleaños antes de que su padre se marche.

Por momentos, Cristian se tentaba de ordenarle a su mente que apague esa vorágine de recuerdos que se veía forzado a revivir, pero el temor a que sus sentidos le obedezcan y lo arrojen a un océano de oscuridad eterna, le daba la fortaleza necesaria para volver a tirar del carretel de la memoria.

Entre tanto, el cartel electrónico en el frente de cada cabina indicaba una fecha y hora que avanzaban a velocidades e intervalos irregulares.

Unas voces de chicos entonando algo sobre un «manto de neblina», lo trasladaron a Cristian hasta su pupitre de cuarto grado, donde con irregular letra cursiva trataba de darle forma a la nota que incluiría dentro de un chocolate que nunca llegaría a alcanzar su destino austral. Cuando enfocó sus sentidos hacia el resto del aula, buscando algún rostro que le resulte conocido, se sorprendió al ver en el reflejo de una ventana la figura difusa de una anciana que no encajaba en absoluto con su recuerdo.

En el momento en que Cristián le buscaba alguna lógica a esa llamativa aparición, el reloj digital que posaba sobre su cabina volvió a girar a máxima velocidad, aminorando su marcha a medida que la mente de Cristian lograba pincelar algún boceto.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



Así, de pronto, se encontró en el interior de un cine con los que parecían ser sus compañeros de colegio, insultando, entre caramelos desparramados, el final previsible de la película, planteando, ante el asombro de sus amigos que alguna vez podrían ganar los malos de turnos, sean indios, negros o rusos. Un acomodador bastante mayor, asentía silenciosamente con su linterna desde el refugio que le daba la oscuridad, llamando la atención de Cristian quien trató de distinguirlo sin éxito, pese a sus esforzados intentos.

El silencio del enorme recinto era únicamente alterado ocasionalmente, por el sonido que provenía de una maquinaria en forma de esfera giratoria, ubicada en el centro de la sala, que en su base poseía múltiples conexiones dirigidas a cada una de las cabinas a través de un cable transparente por el que fluía una sustancia de colores cambiantes.

Por un instante, Cristian percibió cómo se iban apagando sus sentidos, pero, mientras pensaba que su próxima imagen sería la del retorno al oscuro túnel, se encontró a sí mismo en lo que le aparecía como un viejo baño de su escuela secundaria municipal, donde el humo de aquel recordado primer cigarrillo, se entreveró en sus pulmones atrayendo al preceptor de turno.

En la enorme y gélida sala, por momentos, la esfera parecía disminuir su velocidad, pero solo bastaba que uno de los relojes de las múltiples cabinas se normalicen para que la maquinaria vuelva a girar impetuosa.

Mientras tanto, el reloj de la cabina de Cristian emprendió nuevamente su avance, hasta arrojarlo en medio de una fila de gente que con los clasificados laborales bajo el brazo, aguardaba una oportunidad de trabajo. Sus sentidos, le brindaron la ocasión de observarse a sí mismo, afligido frente al pulcro aspecto de los demás aspirantes, dudando de aguardar la entrevista o marcharse a su casa. Complacido, Cristian, recordó cómo una pregunta casual de una chica que se presentó como Victoria, le hicieron permanecer en la fila.

Hubiera preferido poder detener la acción en ese momento y para la eternidad, conservar el brillo de su mirada grabada en sus sentidos. Pero su mente, poco generosa, también le intentó mostrar a unos ancianos que desde lo lejos parecían dirigirse hacia él.

Cuando Cristian intentaba tratar de reconocerlos, un nuevo relámpago lo trasladó a la puerta del consulado, donde frustrado por la noticia del compromiso de Victoria con otro corazón y las escasas expectativas que presentaba la situación del país, intentó tramitar una nueva oportunidad en tierras lejanas.

ERIDANO
SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI
Nº 1



Cristian pensó en las ironías del destino, ya que aquel día luego de reunir pasaje y visa para partir rumbo a Madrid, recibió un llamado de Victoria quien enterada de su decisión, le pedía encontrarse con él antes de que viaje porque había estado pensando en los sentimientos tan lindos que él le había manifestado, pero que era mejor conversarlo personalmente.

Mientras el reloj del cartel electrónico, avanzó con lentitud hasta el mes de julio de 1993, reflejando los dígitos sobre el cuerpo inerte de Cristian que yacía en el interior de la cabina, la escena lo llevó hasta la esquina de Juan B. Justo y San Martín, donde aquella fría tarde de invierno, Cristian recordaba haber apretado su ilusión junto al ramo de flores, pensando en que si las cosas resultaban como el esperaba, le hubiera pedido a Victoria que lo acompañe a la aerolínea a cancelar definitivamente el pasaje.

Los minutos transcurrían en la confitería de la concurrida esquina, donde Cristian recordaba con tristeza que, por el insomnio producto de los nervios de la noche anterior, mientras aguardaba en vano a Victoria, se había dormitado un instante, dejando caer el ramo de flores al piso, cuando una mano se posó sobre su espalda, sobresaltándolo, apartándolo del guión de su memoria.

Al girar, comprobó con sorpresa que se trataba de una pareja de ancianos, cuyos rostros él creía haber visto anteriormente. Obligó a su mente a realizar un esfuerzo por recordar el porqué de esa sensación, percibiendo como respuesta una temblorosa y añeja voz con algún rastro de acento español, que le decía:

—Cristian, nos conoces de la repisa de tu madre, de las fotos con las que jugabas de pequeño...

—¡Abuelos, qué alegría de conocerlos! —exclamó Cristian al tiempo que su mente percibía cómo los abrazaba.

—La verdad —dijo el abuelo, tratando de despegar la vista del suelo— nosotros no esperábamos recibirte tan rápido, pero cuando nos enteramos lo que te ha sucedido, pues te empezamos a buscar por todos lados...

Cristián observó atentamente a su alrededor y comprobó con asombro que toda la escena que transcurría en esa esquina se había detenido, haciendo que transeúntes y automóviles se paralicen.

—Pero, no entiendo una cosa, ¿qué hacen ustedes en mi recuerdo?— confundido, Cristian, preguntaba— ¿Por qué son los únicos de la familia que me vieron?

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



Ambos ancianos se miraron como decidiendo quién iba a intentar encontrar las palabras justas para transmitirle a Cristian las respuestas que aguardaba, hasta que la abuela le dijo:

—Es que nos puedes ver y escuchar porque estamos en el mismo estado que ti, por eso los demás, los que todavía viven, ellos, no pueden salirse del guión de tus recuerdos ni tratar contigo.

Mientras Cristian trataba de asimilar lo que había percibido, el abuelo asentía en silencio, para luego agregar:

—Por ejemplo, Cristian, si tu quieres telefonear a alguien que todavía, digamos... eh, no ha venido por estos *pagos*, cuando atienda el llamado, por más que le quieras decir algo con todas tus fuerzas, no va a poder escucharte en absoluto...

—¡Con razón, tantas veces sonaba el teléfono y no era nadie! —exclamó Cristian— Pero, ¿cómo es la vida acá?

El cuerpo inmóvil de Cristian no experimentaba ninguna anormalidad, nada que lo haga desentonar respecto a los cientos de hombres, mujeres y niños que ocupaban el resto de las cabinas, pero el reloj de su cabina continuaba detenido.

El abuelo se adelantó un paso hacia Cristian y le comentó con calma:

—Mira, el tema es así, como habrás notado al llegar, te has desprendido completamente de tu cuerpo, que es el que aún se encuentra en el interior de la cabina de la sala, y vos, mediante tus recuerdos estás accediendo mentalmente, a situaciones o momentos que hayan sido importantes para vos. Y esos recuerdos son justamente los que te permiten estar percibiendo esto ahora, ya que —hizo una pausa para observar a la abuela— es para lo único que servimos aquí...

La mente de Cristian se alteró al escuchar esa última frase:

—¿Qué quieren decir? —preguntó Cristian deseando estar equivocado— ¿Qué cuando se terminen mis recuerdos no podré verlos más?

La esfera continuaba girando con intensidad irregular, recibiendo, de cada una de las cabinas cuyos carteles no se habían apagado, corrientes que variaban su tonalidad en cada ocasión.

La mirada de los ancianos se tornó aún más sombría, mientras la abuela agregaba:

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



—El problema está en que cada día que pasa allá, la gente le va prestando menos atención a la memoria, no la ejercita, enloquecida con las cosas efímeras, sepultando sus recuerdos, va a acostumbrándose a olvidar, entonces aquí los nuevos cada vez duran menos ...

—A veces —contó el abuelo con pena— no los llegamos ni a encontrar a tiempo.

—¿Pero y ustedes? —preguntó Cristian extrañado —¿Por qué todavía están?.

Una sonrisa iluminó el rostro de los abuelos, quienes aferraban sus manos con fuerza.

—Porque vinimos juntos, estamos unidos y siempre que la memoria nos empieza a abandonar, la provocamos, nos buscamos alguna anécdota para recordar, cuando alguno ve que todo se empieza a apagar, resistimos Cristian —repitió el abuelo, con firmeza— mientras queramos estar juntos, resistimos, pero sabemos, ... que no nos queda demasiado tiempo...

La mente de Cristian no dudó un instante en responder:

—¡Yo voy a resistir con ustedes, entonces! —exclamó, para agregar— ¡Ni pienso entregar mi memoria así nomás!

Ambos ancianos lo miraban con orgullo, como comprobando que sus expectativas no habían sido en vano.

Pero pronto, el cartel electrónico encima de la cabina donde yacía el cuerpo de Cristian, comenzó a titilar, al principio esporádicamente, pero parecía que iba incrementando su frecuencia ...

—¡Pero! ¿Qué pasa? —gritó Cristian con angustia a la imagen de los abuelos que había parpadeado.

La abuela se adelantó con dificultad hasta Cristian, para susurrarle:

—Aquí los recreos tampoco duran mucho, querido, así que presta atención— hizo una breve pausa mientras Cristian esforzaba su mente extremando su concentración para poder percibir la intermitente voz que continuaba— a diferencia de donde tu vienes, los ancianos acá somos muy valorados y si llegamos a cierta cuota de actividad, —la imagen de los abuelos aumentó su intermitencia en la mente de Cristian— ... de generación de recuerdos, durante muchos años consecutivos, ... vamos acumulando, entre

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



los dos, lo necesario para poder alterar por única vez, aunque sea mínimo, algún suceso de allí...

Pronto, la frecuencia de pestañeo del cartel electrónico de su cabina comenzó a aumentar progresivamente ...

Pese a que la imagen de los abuelos había comenzado a ser casi borrosa para la percepción de Cristian, sintió retazos de la voz de su abuelo que le decía:

—Y... queremos antes de alcanzar nuestro túnel final, ... usar todo lo que tenemos y —las palabras del abuelo, ya casi resultaban imperceptibles para la mente de Cristian— ...todo lo que nos queda, para cambiar algo que...

La escena se fue extinguiendo de los sentidos de Cristian, a la vez que en otra de las infinitas salas dos de las cabinas conectadas a una esfera giratoria, comenzaban a apagar sus carteles ...

Inmediatamente, Cristian percibió como recorría a una velocidad increíble, el oscuro y extenso túnel que envolvió de oscuridad y confusión a todos sus sentidos.

Mientras tanto en la sala, su cartel electrónico comenzó a efectuar una veloz cuenta regresiva a medida que la cabina se iba sumergiendo nuevamente en el piso, eliminando su conexión con la esfera.

—¡Che, galán! ¿Así cuidás las flores?

Los ojos de Cristian se abrieron, encandilados, al escuchar esa voz:

—¡Victoria...! ¿Qué pasó? —preguntó aturdido, sin saber cuánto tiempo llevaba en el bar.

—¡No sabés, loco, por poco no vengo! —contaba Victoria sonriendo mientras se sacaba sus auriculares— ¡Por un segundo casi pierdo el subte y recién escuché en la radio que el que venía atrás todavía está atascado entre dos estaciones!

Ante la atónita mirada de Cristian que no sabía que responder, Victoria acercó su rostro al de él, mientras le susurraba sensualmente al oído:

—¿Vos me hubieras esperado, no?

© *Franco Arcadia*



SIMULADORES

Cuando cerró la puerta del vestuario del Colegio Saint Paul, Tobías aún podía escuchar la risa estrepitosa del resto de los chicos. Esta vez la excusa para la burla había sido su escasa capacidad para sortear los ejercicios de las pruebas de rugby.

Mientras emprendía el camino de regreso a su hogar transitando los pequeños senderos donde se alternaban secuencias repetidas de parques, suntuosas casas y cercas, Tobías pensaba en que, si se lo proponía, lograría ignorar, mentalmente, las constantes hostilidades o desprecios que sus nuevos compañeros de colegio le preparaban día a día. Por lo menos le consolaba saber que ese día había alcanzado su cometido de ocultarles que era su cumpleaños.

Aún se mostraba arrepentido de haberle comentado, una vez, estas dificultades a su mamá, quién, sin escuchar sus súplicas, organizó un té en su casa invitando a las demás madres del colegio, sus admiradas nuevas vecinas del barrio privado San Olivos, para que trajesen a sus refinados hijos a congeniar con Tobías. Permanece todavía dolorosamente fresco en su memoria, la forma en que lo humillaron al descubrirle su cuaderno de dibujos donde solía echar a volar su frondosa imaginación canalizando la creciente melancolía por sus antiguos amigos. Desde esa vez, Tobías se juró no volver a compartir sus problemas de adaptación con sus padres.

Ese regreso del colegio había resultado bastante tranquilo, ya que lo pudo hacer en solitario y sin que lo persiguieran. Así que aprovechó la cierta intimidad que le brindaba el brumoso atardecer para apartarse del camino señalado y caminar sobre el prolijo césped uniforme hasta la enorme cerca que delimitaba el perímetro del country. Había descubierto, por medio de una brújula, para dónde debía observar, apoyando su mentón en el alambrado, si quería que su vista se dirija hacia su antiguo barrio. Siempre fantaseaba con ahorrar lo suficiente para comprarse unos binoculares que le permitiesen ver lo que sus ojos no le podían acercar.

La inquietante presencia de los guardias armados que patrullaban constantemente los alrededores, le hizo juntar sus útiles con rapidez y emprender una carrera apurada hasta su casa. Minutos después, en la seguridad de su habitación, Tobías, en penumbras, respiraba aliviado mientras deseaba que, ya que era su cena de cumpleaños, esa noche se logre recrear, aunque sea en parte, el espíritu de familia unida que alguna vez supo disfrutar.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



La autopista Bellinson se encontraba especialmente congestionada ese día. Hileras infinitas de autos circulaban a paso de hombre. Esteban, como la mayoría de los automovilistas que se encontraban rehenes del cansino tráfico, no dudó en adjudicar la demora a algún conductor sin prudencia que habría generado un accidente.

La noche comenzaba a incursionar en el cielo de la ciudad, repitiendo una rutina a la que Esteban asistía puntualmente desde años atrás, cuando había comenzado a trabajar en RDSL como asistente de marketing. Siempre le complacía aprovechar cualquier excusa para recordarle, a quien quisiera escucharlo, como había ido ascendiendo en la empresa hasta ocupar su cargo actual de Gerente. Pero, como la memoria no suele regirse con indulgencia, también recordó cómo esos progresos laborales habían modificado sus hábitos hogareños.

Debía reconocer que, cuando tenía menos responsabilidades en la empresa, llegaba más temprano a su casa, podía salir a caminar con su esposa Telma, conocía a los compañeros de escuela de su pequeño Tobías y, si bien su situación económica era bastante ajustada, se permitía «lujos» ahora impracticables, como leer algún libro o participar en la asamblea de su barrio. Pero, claro, pensaba Esteban, en esa época debía viajar en colectivo a su trabajo, no tenía un automóvil importado ni le habían asignado una cochera en la empresa, «cerca de la del Director», como le gustaba remarcar.

Los bocinazos de los conductores lo rescataron de sus reflexiones y lo llevaron a proseguir la marcha. A los pocos metros, un cartel de Salida comenzó a tentarlo. Si bien la autopista era el camino más rápido y directo para llegar a su hogar en el exclusivo country San Olivos, su paciencia, antes ilimitada, parecía irse agotando con el correr de los años.

Recordó, por un instante, todas las recomendaciones, tanto de vecinos como de compañeros de trabajo, acerca de la inconveniencia de tomar el camino alternativo que, aunque tenía la ventaja de no pagar peaje, lo obligaba a atravesar el barrio marginal Villa Martino, donde, según el noticiero de la cadena DH, vivía gente potencialmente peligrosa.

Decidido a no aguardar la evolución del tránsito, enfiló su automóvil hacia la salida mencionada, abandonando la autopista con rapidez mientras esbozaba una sonrisa ganadora.

Al adentrarse en el barrio, su primera impresión fue una mezcla de lástima y miedo por lo extraño que se sentía en ese entorno. Automáticamente, recordando los consejos recibidos, colocó el seguro de las puertas y levantó los vidrios de cada ventanilla. Aceleró a fondo, pensando que debía llegar a su

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



casa más temprano que la noche anterior, porque no deseaba encontrar nuevamente a Tobías ya cenado y durmiendo.

El pensamiento acerca de su hijo, lo sobresaltó:

—¡Tobías! —exclamó Esteban, mientras golpeaba con su puño el volante— ¡es su cumpleaños!

Instantáneamente, sacó su computadora de bolsillo y observó que entre todas las reuniones del día, no había reparado en que había prometido a Telma que se ocuparía de conseguirle un buen regalo y ahora llegaría a su casa con las manos vacías. Esteban pensó que debía encontrar alguna tienda abierta donde comprar algún juguete, pero dudaba que ese barrio tuviese algún negocio así. Pronto se dio cuenta de que el shopping más cercano se encontraba cerca de su trabajo, lo cual implicaba retornar al infierno de la autopista y asegurarse de llegar con su hijo dormido.

Mientras pensaba en las excusas que podía inventar para salvar la situación y comprárselo al día siguiente, sin decepcionar a Tobías y tampoco a Telma, observó que, en el fondo de una calle transversal, se vislumbraba un cartel que indicaba «El Caldero – Tienda de Regalos». Bruscamente viró su coche en dirección al viejo local, deseando fervientemente que aún se encontrara abierto.

No le agradaba demasiado la idea de descender de su automóvil en ese barrio humilde, pero tampoco podía esquivar su obligación. Tenía escasas expectativas sobre lo que podía llegar a conseguir en esa ruinoso tienda, pero compraría lo más caro que hubiese con tal de evitar el papelón y luego, al día siguiente, más tranquilo, pasaría por el shopping a buscar algo importado acorde a su poder adquisitivo.

Observando hacia ambos lados de la calle, en busca de alguna señal de peligro, Esteban descendió lentamente de su coche acercándose con cautela al portón de la tienda, para comprobar con decepción que se encontraba cerrado con unas gruesas cadenas.

En el momento en que el frío de la noche lo empujó a asumir su culpa con creciente resignación, Esteban comenzó a girar hacia el auto, cuando le pareció vislumbrar algún movimiento en el interior del local. Súbitamente, renació su esperanza y golpeó con insistencia el portón, tratando de conseguir que lo atendieran.

Aguardó unos instantes eternos, hasta que comprobó que del fondo de la tienda, casi en penumbras, se acercaba un anciano con paso vacilante. Esteban, reunió la paciencia suficiente, como para aguardar a que el viejo

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



desatara las cadenas que le impedían la entrada al local. Mientras tanto, una repentina sensación de que estaba siendo observado por alguien más ascendió por su espalda, lo llevó a revisar que nadie se hubiera acercado a su lujoso automóvil.

Cuando regresó su atención a la tienda, se sorprendió al comprobar que el anciano ya le había franqueado la entrada y se dirigía hacia el mostrador. Tímidamente, Esteban ingresó al local, balbuceando al acercarse al mostrador:

—Gracias por atenderme...

Esperó un instante expectante, pero como toda respuesta obtuvo un tenue movimiento de cabeza del anciano. Se hizo un incómodo silencio, que Esteban aprovechó para observar qué era lo que lo inquietaba del viejo, intuyendo que sufría una ceguera total. Para confirmarlo, Esteban levantó su mano, agitándola hacia ambos lados, sin que el anciano se inmutara.

No podía asegurar el motivo, o encontrar el primordial, pero tenía la certeza de que no quería permanecer mucho tiempo con ese anciano, en esa tienda, en ese barrio. Así que fue al grano, tratando de resaltar cortesía y sinceridad en sus palabras:

—Mire, estoy necesitando un regalo como para un chico de doce años, algo especial, que lo vuelva loco, —Esteban tomó impulso a medida que hablaba— que me haga quedar bien, no importa el precio...

El anciano, sin contestarle, se dirigió detrás de unas cortinas traseras, regresando minutos después, como siglos para Esteban, con una caja del tamaño de un libro en sus manos, que colocó sobre el mostrador, justo debajo de donde se encontraba ubicado Esteban en ese momento. Sorprendido, Esteban tomó la pequeña caja con ambas manos, observando que se encontraba herméticamente cerrada y que poseía una etiqueta en su exterior, que indicaba:

«*Simultron* es uno de esos juegos de computadora, que a primera vista no parecen ofrecer nada especial. Pero, la verdad, es diferente. Puede ser considerado como un juego carente de argumento e historia, un juego que por su propia naturaleza no tiene principio ni fin y que lo atraparé por horas y horas.»

Si bien el texto del mensaje no abundaba en detalles o imágenes que le permitieran a Esteban formarse una idea de las características del juego, el hecho de no tener otra alternativa mejor a su alcance, le reforzaba la confianza en que Toby le sacaría verdadero provecho y Telma le agradecería la

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



atención. Volvió a detenerse en el final del mensaje, casi sin darse cuenta, leyendo que: «lo atrapará por horas y horas». Al subir su mirada, pudo observar que el anciano asentía con una enigmática sonrisa.

Rápidamente, Esteban revisó el precio que figuraba en la caja, acercando el dinero justo donde se encontraba el anciano, despidiéndose y agradeciendo, con una dosis de su refinada ironía, la atención recibida. Un instante antes de traspasar el umbral de la tienda, le pareció escuchar un tenue susurro:

—Ha sido un placer...

Dispuesto a no perder tiempo en ardides que le provocaba su mente extenuada, ingresó raudamente a su automóvil y aceleró a fondo, ignorando los semáforos, amenazantes para su decidida marcha.

Poco tiempo después, al acercarse a la entrada del country donde vivía, una vez que exhibió sus credenciales a las barreras electrónicas de la vigilancia, pareció recobrar las sensaciones de seguridad y confort que tanto le gustaba paladear. Escondió la caja en una bolsa de shopping que encontró en el auto y, esbozando su mejor sonrisa, ingresó a su casa.

Rápidamente, la mirada de Telma le advirtió que la armonía continuaba escaseando en su hogar. El silencio se quebró con voz femenina:

—Pensé que iba a brindar yo sola con Toby...

Esteban acusó el impacto, tentándose de responder con su cóctel de excusas habituales que incluían, desde promesas de llegar más temprano hasta reproches por los gastos suntuosos que sostenía sin protestar. Pero, debido a la fecha especial, y aprovechando que Toby, al escuchar voces en el living, salió de la habitación a saludarlo, Esteban optó por ignorar el ataque:

—¡Feliz Cumpleaños, Toby! —exclamó, al tiempo que agitaba la bolsa donde estaba el regalo— ¡Mirá lo que te trajo Papá!

El rostro de Tobías se iluminó, y pese a que siempre le retrucaba a su padre que no lo llamase Toby, sino Tobías, esta vez sus mejillas se ruborizaron por la emoción, mientras Telma cambió su gesto adusto, por una sonrisa.

Al otro día, Tobías se despertó más temprano que de costumbre, agradeciendo la lluvia que se aproximaba. Pese a que era sábado, sus papás no le permitieron prender la computadora después de cenar para estrenar su regalo y le habían planeado una salida a un parque, que seguramente sería suspendida por el mal tiempo.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



Telma, en el desayuno, pudo percibir la ansiedad de Tobías, ya que lo tuvo que regañar varias veces, por el modo atolondrado en que se servía los cereales o casi vuelca su copa de leche con chocolate. Inmediatamente después de terminar el desayuno y de cumplir con las obligaciones domésticas que le exigían sus padres, Tobías pidió autorización a su madre para jugar. Telma no había terminado de contestarle cuando el niño ya había desaparecido de su vista.

Mientras encendía su computadora, Tobías se aseguró de cerrar la puerta de su cuarto, ya que no quería que nadie le interrumpiera ese momento especial. Siempre pensaba que la luz del monitor era un reflejo hermoso, por lo cual se aseguraba de bajar casi totalmente la persiana de su ventana, hecho que le aseguraba una reprimenda de su madre. Desde muy pequeño, los padres notaron que mostraba sumo interés por los vídeo juegos y que, al poco tiempo de utilizarlos, finalizaba dominándolos a la perfección.

Con la habitación completamente a oscuras y con mucho nerviosismo, Tobías abrió la caja, mientras los relámpagos iluminaban las rendijas de la persiana. Sacó con mucho cuidado el disco compacto del juego y lo introdujo en su moderna computadora, sintiendo intriga por conocer qué era lo *especial que lo atraparía por horas*, según rezaba la etiqueta exterior.

Unos segundos después, se activó el proceso de instalación del juego al disco rígido, que duró unos pocos minutos y que, para sorpresa de Tobías, se interrumpió por un trueno que se vio acompañado de un mínimo apagón que reinició la computadora. Cuando la máquina volvió a prenderse, el juego se ejecutó automáticamente, sin intervención de Tobías, quien observaba encantado el atractivo menú de opciones que se le ofrecía. Instintivamente, Tobías tomó el mouse de su equipo, pero no podía decidirse sobre que opción seleccionar, ya que todas resultaban tentadoras.

Al parecer, el programa no tenía intenciones de dejarlo debatirse mucho tiempo, porque a los pocos segundos de inactividad, activó por sí mismo la opción de *creación*. Esto entusiasmó rápidamente a Tobías, quien pronto se encontraba diseñando en su pantalla, una bonita casa de dos habitaciones y patio, muy parecida a su antigua vivienda donde su había vivido sus mejores días. Trató de que no se le escapara ningún detalle, por lo que también pensó en agregarle una parrilla, igual a la que usaba su padre en aquellos tiempos felices para preparar unos ricos chorizos. Tampoco olvidó revestir el exterior de la casa de blanco tiza y colorear sus tejas de verde agua, para que la similitud fuese mayor.

Para equipar el interior de la casa, Tobías no escatimó recursos, ya que pudo comprobar que todavía le quedaba bastante dinero del que el programa

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



le había asignado inicialmente. Por lo tanto, aprovechó para equipar un completo sala para dibujar, una gran biblioteca con enormes colecciones de libros y, por supuesto, una súper computadora. Cuando Tobías pensó que su obra estaba terminada y que se encontraba frente a otro monótono juego más de diseño de ciudades, donde uno cumplía el rol de alcalde y administraba el tráfico y las finanzas, pudo darse cuenta de que el programa le proponía, en pantalla, un nuevo desafío.

Ante sus ojos, una nueva fase se activó, posibilitando la creación del habitante del hogar que acababa de construir. Un cosquilleo fue subiendo por su espalda, a medida que descubría que podía moldearlo completamente a su antojo, seleccionando su nombre, tipo de cabello, contextura física, sexo, color de ojos y demás detalles relativos al aspecto del nuevo humano. Cada una de estas opciones fue cuidadosamente analizada por Tobías, quien no quería que su obra estuviera inspirada en ninguno de sus conocidos, para que fuera su más genuina creación, libre de influencias de los adultos que lo rodeaban. Para reforzar su idea de Dios absoluto del entorno del juego, decidió bautizar a su ser virtual como *Adán*.

Se quedó unos instantes contemplando la pantalla, sonriendo embelesado mientras le realizaba los últimos retoques al cabello de Adán. Pensó que podría pasar un rato divertido, probándole unos cuantos peinados distintos, pero Tobías se sintió completamente seducido por la originalidad del juego cuando le permitió delinear hasta el más mínimo detalle de la personalidad de su creación. Pudo definir el carácter, humor, habilidades, signo zodiacal, temas de interés, miedos y hasta las inclinaciones sexuales de Adán. Cuando Tobías finalizó de cargar el último parámetro, el programa le solicitó que confirmase la creación, advirtiéndole que una vez creado, el proceso sería irreversible y que como el personaje era autónomo e independiente, era su deber mantenerle una vida plena y feliz, creando las condiciones necesarias para que Adán pudiera desarrollarse emocional y económicamente.

Un balde lleno de responsabilidad cayó de golpe sobre Tobías, quien hasta ese momento solo había estado a cargo de una pecera prestada por su primo unos veranos atrás. Intentó darse ánimo, pensando que se trataba solamente de un juego y que, en su momento, había podido devolver sano y salvo el pez a su primo.

Tobías pulsó el botón de confirmación con firmeza, aguardando unos instantes hasta que la pantalla le devolvió la imagen de Adán ingresando al nuevo hogar, cuando se sobresaltó al escuchar a su madre que lo llamaba para almorzar.



U nos días más tarde, la cena transcurría sin demasiado diálogo, lo cual últimamente se había tornado bastante frecuente. El fastidio le duraba unas cuantas horas. No había forma de que sus padres lograran arrancarle a Tobías una sonrisa esa noche.

La nueva decisión de sus padres de sólo dejarle usar la computadora una hora por día lo tomó por sorpresa y cuando intentó discutirla, recibió a cambio una andanada de argumentos tales como «que ya no ayudaba en la casa, que era demasiado tiempo para un niño de 12 años», «que debía hacer otras actividades al aire libre con el resto de los chicos del country». Esos motivos lo único que lograban eran irritarlo aún más, porque, si bien Tobías no tenía problemas en tratar de ayudar en las pocas tareas domésticas que realizaba su madre, no tenía ningún interés en jugar con los crueles vecinos de su edad a quienes acusaba de snobs y con los que no tenía ninguna afinidad.

Pese a que ya sus compañeros se habían aburrido de hostigarlo con frecuencia, Tobías aún echaba de menos su antiguo barrio, donde podía jugar con sus amigos del colegio, donde había hecho buena parte de la primaria. De poco le servían los mensajes electrónicos o los llamados telefónicos que todavía intercambiaba, ya que él los quería ver en persona y ningún padre quería hacer tantos kilómetros para que el hijo vaya a «tomar la leche de un amiguito». Y no los culpaba, ni él se terminaba de acomodar a la idea de vivir «sin llaves», tal cual le gustaba decir a sus padres, o «cercado, custodiado y aislado» como prefería replicarles Tobías.

Por más que intento convencerlos de lo contento que se sentía cuando jugaba a la computadora, ninguna de sus respuestas fueron válidas para sus padres, quienes unilateralmente, igual que cuando habían decidido mudarse, terminaron amenazándolo con desconectarle la computadora. Por lo tanto, debería agudizar su ingenio con el fin de aprovechar al máximo del tiempo que disponía diariamente para utilizar su juego favorito.

Mientras Telma y Esteban discutían sobre el incremento en las expensas del country, Tobías interiormente se lamentaba de su inoportuna mala suerte, justo cuando, después de meditarlo un largo rato, había sumado a Eva, su nueva creación, para la alegría de Adán quien había mostrado unos crecientes índices de tristeza y aburrimiento en los últimos días.

Los sucesos del juego se desarrollaron según los planes de Tobías, aunque en forma gradual por el poco tiempo que le podía dedicar a sus criaturas. Pero diariamente pudo comprobar como la afinidad entre la pelirroja Eva y Adán iba creciendo en intensidad y que ambos se encontraban muy a gusto de convivir en el hogar que él había creado, lo cual le llenaba de orgullo y

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



aumentaba su deseo de continuar supervisando y cuidando, hasta el más mínimo detalle, la felicidad de su pareja virtual.

Poco tiempo después, si bien a Tobías siempre le había resultado fácil comprender los conceptos que volcaban sus maestros, se comenzó a sentir con poca concentración y, mientras su cuerpo estaba en el aula del Colegio Saint Paul, su mente buscaba el modo de poder comprar, con los pocos fondos que le quedaban en el juego, todo lo necesario para el bebé que pronto agrandaría la familia de Eva y Adán. Súbitamente las risas de toda la clase lo llevaron a preocupaciones más terrenales, al darse cuenta que el profesor de Historia llevaba minutos llamándolo sin éxito.

Un martes a la noche Tobías encendió su computadora y revisó minuciosamente cada uno de los parámetros de sus criaturas, buscando algún síntoma de preocupación, cuando apareció un mensaje parpadeando en la pantalla que lo dejó estupefacto. El texto indicaba: «Usted está utilizando la versión limitada de Simultron, que se desinstalará el día Sábado». Rápidamente, Tobías comprendió que eso significaba el fracaso de todos los planes que tenía para sus criaturas, quienes serían borradas literalmente junto con el juego.

Al observar la pantalla, mientras contemplaba cómo Adán se acercaba a escuchar los latidos que provenían del vientre de Eva, quien parecía tener un dejo de tristeza en su rostro, como si adivinara el final próximo que les aguardaba, Tobías con lágrimas de rabia en sus ojos, se prometió que haría lo imposible por evitarlo.

Más tarde, antes de ir a dormir, Tobías fue a saludar a sus padres, quienes se encontraban observando un desfile de modas en el televisor. Se acercó dudando del éxito de sus intenciones, pero igual trató de comentarles lo sucedido:

—¡No saben, qué mal! —exclamó Tobías, al tiempo que sus padres apartaban la mirada de la pantalla— ¡El juego que me regalaron, yo diseñé un montón de cosas y es una versión limitada y para el sábado se me va a borrar todo!

Al escuchar de qué se trataba, la madre volvió su atención al vestido de lentejuelas que recorría la pasarela con elegancia, mientras el padre subía el volumen del aparato a la vez que le decía:

—¡No te hagas problema, Toby! —mientras, sonriendo, le guiñaba un ojo— ¡El lunes Papi te compra otro y listo!



Tobías, enfurecido, subió las escaleras con rapidez, cerrando bruscamente la puerta de habitación.

Al día siguiente en la escuela, casualmente le pareció escuchar, en el recreo, una conversación donde dos alumnos charlaban sobre un sitio de Internet donde se podían conseguir los mejores trucos para los juegos más populares del momento. Si bien había intentado, tímidamente, averiguar si alguno de sus compañeros tenía o conocía *Simultron*, siempre lo miraban extrañados y le contestaban que nunca lo habían escuchado mencionar. Las veces que Tobías quiso prestárselo a algún chico, siempre se lo devolvían diciéndole que estaba fallado y que no se podía instalar. Luego de que sus compañeros empezaron a burlarse de su «súper juego secreto», Tobías decidió que lo más conveniente era retornar a su habitual hermetismo.

Esa noche, luego de hacer las tareas, cuando estuvo en su casa, frente a su computadora, dentro de la hora permitida por sus padres, no dudó en usar unos minutos de su tiempo para conectarse a Internet y dejar un mensaje urgente en el sitio que había oído mencionar, solicitando algún tipo de ayuda o código secreto para poder mantener con «vida» a sus queridos Eva, Adán y el esperado nuevo integrante. Para Tobías, el solo pensar en que no iba a poder observarlos crecer, o compartir con ellos un evento tan importante como la llegada del bebé, y que sus criaturas acabarían eliminadas, echando a perder todo su trabajo de meses, le generaba una angustia enorme, así que ese día puso especial atención en tratar de evaluar si en los actos de Eva y Adán había algún atisbo de presentimiento de lo que el sábado les podía ocurrir.

Esa semana, antes de apagar su computadora, cada día, Tobías se reservaba unos minutos para revisar si había respuesta a su mensajes en Internet en busca de alguna ayuda salvadora para el exiguo plazo que les restaba a sus criaturas, situación que había repercutido en el estado de ánimo de Eva y Adán, quienes parecían más apáticos y desinteresados en sus tareas, a medida que se acercaba el sábado, como si estuvieran resignados.

Pero, la noche del viernes, la suerte cambió radicalmente...

El rostro de Tobías se iluminó al recibir un mensaje electrónico en Internet que decía:

«Toby:

El código que debes teclear en *Simultron* para la versión ilimitada es X+USA/X+666.

Lucy@Ferrey»

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 1



Al principio, le intrigo cómo sabía su detestado apodo, pero si bien había firmado su mensaje original como Tobías, imaginaba lo fácil que era suponer que lo llamaban Toby. Luego comenzó a escribir a un texto de agradecimiento a la remitente, pero creyó que sería conveniente no perder más tiempo en tonterías y probar el código de una buena vez...

Segundos más tarde, su corazón comenzó a latir cada vez más fuerte, mientras ingresaba cuidadosamente los códigos recibidos, el programa le formulaba una extraña pregunta en un idioma totalmente desconocido para Tobías, quien ante la ansiedad por continuar el proceso, aceptó sin vacilaciones, para luego contemplar con júbilo como la pantalla le informaba que ahora poseía la versión sin limitaciones de *Simultron* y que podría llevar a cabo todo lo que había soñado para el bienestar de sus criaturas.

Tobías estaba tan contento que luego de dar una vuelta olímpica por la habitación y saltar varias veces sobre su cama, no sabía si empezar a comprar cosas para el futuro bebé o conseguirle un vestido a Eva para que festejase con Adán, pero decidió que lo mejor era enviarle un mensaje de agradecimiento al desconocido que le brindó semejante secreto.

Una brisa de primavera pareció asomar paulatinamente en la vida de Tobías, que observaba admirado, día a día, como Eva y Adán estaban más unidos que nunca, criando juntos al pequeño David, que hacía acariciar el tope de los indicadores de felicidad y bienestar de la familia. Gracias a que sentía, con profundo orgullo, que sus criaturas estaban bien encaminadas, Tobías pudo concentrarse más en el colegio, aprobando con lo justo el primer bimestre de séptimo grado.

Noches después, mientras revisaba su correo de Internet, ya sin tanta urgencia y ansiedad, observó que su mensaje de agradecimiento hacia quien le había proporcionado esos códigos exclusivos, había regresado sin entregarse, indicando que la dirección del destinatario no existía.

Tobías se lamentó, porque le hubiera gustado poder compartir con alguien su éxito, así que se comprometió a buscar en la guía telefónica la forma de contactar a *Lucy@Ferrey*. Estaba decidido a llamarla por teléfono, comentarle y agradecerle los efectos de su ayuda y tratar de retribuirle con algún consejo valioso sobre el juego.

Mientras, en el comedor de su casa, su madre miraba televisión, aguardando que por fin llegara Esteban de trabajar, Tobías, desconcertado comprobaba que no iba a poder ubicar tan fácilmente a su benefactora, ya que tampoco figuraba en la guía ninguna persona de apellido *Ferrey*.



Pocas semanas después, llegó el receso escolar de invierno, y los padres de Tobías decidieron regalarle una bicicleta azul oscuro, por haber aprobado los exámenes escolares, pero también con el objeto que pasare más tiempo al aire libre y que tratara de relacionarse con los otros chicos del country. Aunque Tobías no era un fanático de las actividades deportivas, el poco trabajo que le llevaba supervisar la felicidad de sus criaturas y su intención de tratar de mejorar la relación con sus padres eran motivos suficientes como para darle una oportunidad a la bicicleta y, quién sabe, hasta para conocer a alguien interesante...

Luego de unos cuantos días lluviosos, finalmente un sábado amaneció soleado y Tobías pudo estrenar su regalo. Con las recomendaciones de su madre auestas, sobre no alejarse mucho y que tenía prohibido traspasar las barreras del country, Tobías comenzó su paseo, disfrutando del suave viento que acariciaba su rostro. Poco a poco, en su recorrido, fue observando como el paisaje del country caía en una monotonía absoluta de casas lujosas, autos importados, palos de hockey, canchas y carteles en inglés. Más adelante podía adivinar el perfil del edificio donde asistía a clases y la cúpula de la lujosa iglesia exclusiva que habían inaugurado los socios recientemente para evitar tener que compartir la misa dominical con los vecinos humildes que vivían fuera del perímetro cercado.

Todo esto, no hacía más que acentuar en Tobías su nostalgia por volver al viejo barrio donde se había criado, y donde podía ver colectivos, bromear de fútbol con el diariero, o curar, con sus amigos de la cuadra, a algún perro callejero lastimado.

Tal vez, pensó Tobías, si desoía las recomendaciones de su madre y traspasaba las barreras del country, podría recorrer en bicicleta un barrio común donde encontraría chicos para hacerse amigos y quizás recuperaría una porción de lo que extrañaba. Con decisión, pedaleó hasta donde los guardias fuertemente armados le franquearon la salida, abriendo los portones eléctricos que derivaban en la cinta de asfalto que, unos metros más adelante, donde Tobías aminoró su marcha, se bifurcaba en dos caminos, uno que conducía a la ruta hacia la Capital y otro, de tierra polvorienta, que llevaba hacia el barrio.

Al llegar a las primeras cuadras de Villa Martino, Tobías se encontró con un paisaje totalmente distinto, veía a las humildes ancianas cargar sus bolsas al salir de la feria comunal. A su izquierda, se vio atraído por los puestos ambulantes cubiertos con gran variedad de mercancías, mientras un heladero con su carro y silbato alborotaba a los más pequeños del barrio.

ERIDANO
SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI
Nº 1



Más allá, un grupo de muchachos trataba de empujar un viejo auto destartado del que salía un rock'n'roll a máximo volumen, brindándole a Tobías, un sinfín de imágenes que creía completamente olvidadas. Estaba tan entusiasmado con el aire que se respiraba ahí, que pensaba en tratar de diseñar, en *Simultron*, un auto así para que Adán pudiera salir a pasear con Eva y David.

De pronto, Tobías reparó en que lo estaban llamando, con silbidos, unos chicos que habían improvisado unos arcos de fútbol con piedras y ramas:

—¡Eh, vos! —gritaba uno de los chicos, que vestía una vieja camiseta con el número 9 a medio despegar en la espalda— ¡Dale, que nos falta uno!

Tobías no lo dudó ni un instante. Rápidamente dejó la bicicleta al costado de uno de los arcos y embarró sus zapatillas importadas pateando una pelota desgajada por tantos puntinazos. Después de unos cuantos goles, patadas y abrazos con sus compañeros y rivales, Tobías se dio cuenta de que estaba empezando a oscurecer y de que, si sus padres se enteraban de que había salido del country, sería castigado y él tenía muchas ganas de poder usar su computadora esta noche, con el fin de diseñar una pelota para que Adán pudiera enseñarle a patear a David desde chico.

Tomó su bicicleta y pedaleó con fuerza, intentando encontrar el camino de regreso para llegar a su casa antes de que sus padres retornaran del club.

De pronto, cuando la bicicleta había cobrado una velocidad increíble, el llanto de un bebé sacudió la atención de Tobías, quien instintivamente giró su cabeza hacia la bonita casa de tejas verdes de donde parecía surgir el sonido, sin reparar en que la rueda delantera de su bicicleta chocaba contra una pesada piedra, provocando que su cuerpo saliera despedido por el aire...

En esas décimas de segundo, mientras su cuerpo parecía suspenderse en las alturas del sábado para caer en cámara lenta, Tobías conmocionado, llegó a ver como una mujer de abundante cabellera rojiza trataba de calmar el llanto del bebé, antes de impactar contra el suelo polvoriento del umbral de la tienda *El Caldero de Lucy Fer-Rey*.

Todavía confundido, sin poder despertar, lo primero que pudo percibir eran unas manos suaves que acariciaban su pelo con ternura.

Mientras luchaba por salir de esa nebulosa oscuridad, le pareció escuchar una voz de mujer, que decía con dulzura:

—¡Tranquilo, que estoy acá!

ERIDANO
SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI
Nº 1



Con sus estados envueltos en un remolino, pudo volver a abrir sus ojos, aún sensibles a la luz del Sol que se filtraba por entre las cortinas, para observar aturdido la familiar figura femenina que, mientras sostenía al bebé, exclamaba:

—¡Viste, David, Papi al fin se despertó!

© *Franco Arcadia*